

BIBLIOTECA
DE "EL DIARIO DE MURCIA,"
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

ARTÍCULOS
DE EDUCACIÓN PRÁCTICA

POR

D. PASCUAL MARTINEZ PALAO

MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA



MURCIA-1892
P. DE "EL DIARIO,"
SOCIEDAD, 10.

R. 102.758



BIBLIOTECA
DE "EL DIARIO DE MURCIA,"
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

ARTÍCULOS
DE EDUCACIÓN PRÁCTICA

POR

D. PASCUAL MARTINEZ PALAO

MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA

MURCIA—1892

IMP. DE "EL DIARIO,"
SOCIEDAD, 10.

PROCEDENCIA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES

PRÓLOGO

El irracional es obra exclusivamente de la naturaleza; sólo el hombre es hijo de la naturaleza y de la educación. La primera hace el esbozo, la segunda pone todo lo demás. Algun naturalista ha dicho que hay mas distancia del troglodita á Newtón, que del orangután al troglodita; y un pedagogo hábil puede hacer el siguiente alarde: «Dadme un niño de seis años, y haré de él lo que me pidais, un místico ó un libertino, un santo ó un demonio.» Si esto es una hipérbole, entendamos que en esa hipórbole vá envuelta una verdad, que debia escribirse sobre la cuna de todo niño, é inspirar la conducta que con él se ha de seguir desde el dia de su nacimiento. Esta verdad puede formularse así: la educación es una segunda naturaleza que modifica la obra de la primera. Por eso la explicación de cómo es un hombre, hay que buscarla en la historia de cómo se le educó de niño y de jóven.

No basta la buena intención para educar

bien; se necesita además el estudio preparatorio y el ojo educador, que es semejante al ojo médico; porque el educando no es la educación, como el enfermo no es la enfermedad. Pero así como para curar enfermos se necesita antes estudiar enfermedades, así para educar niños será necesario estudiar antes pedagogía. De esta ciencia se han escrito muchas obras para los maestros, pero no se han escrito las que pueden servir para las familias. A este fin, y no creyéndome capaz de producir el libro, me limité á escribir artículos que iniciaran la propaganda pedagógica en el hogar. Amigos míos y profesores distinguidos, me impulsan á aumentar el número de estos artículos, y á editarlos en varios opúsculos, que juntos puedan formar un libro. Sea; me abandono á este impulso por ser de buen origen.

En estos artículos se ha intentado la forma literaria, y se ha elegido el método casi intuitivo, como creo que conviene á un plan de propaganda popular. En ellos se presentan las escenas domésticas más comunes, las reflexiones que ellas me han sugerido, y las conductas que he aconsejado. La mayor parte de lo escrito es realmente histórico; así es que para dar original á la imprenta, casi no he tenido que hacer otra cosa que evocar recuerdos y tomar noticias.

En este ejercicio y en este trabajo he padecido mucho. A veces he precavido la desgracia, he dado aviso del peligro, y he visto que los actores se iban derechos á él. Esto dá grande angustia, por poco que sea el amor al prógimo y el interés por los niños. De esta

lucha, cada día mas viva, y de este dolor, cada vez más acerbo, se me han escapado gritos de alarma, que no otra cosa son mis artículos antes, mi libro ahora. Nadie vaya á creer que la empresa tiene por origen un supuesto de ciencia y de arte, que no poseo sino muy escasamente, y que nunca creí que me aprovechara más que para usos privados.

Estamos en los días de la crisis mas terrible que podia venir sobre la educación de la infancia y de la juventud. Se han multiplicado los derechos, los deberes y las necesidades; sobre el principio de libertad se han constituido la familia, el municipio, la sociedad y la nación; las artes y las industrias, las ideas y las costumbres han experimentado cambios profundos y radicales. Nueva es la vida, y nuevos los destinos que el hombre ha de cumplir en ella. Por esto ha sido desechada la antigua educación; ya es arcáica, estéril, incapaz; choca con las instituciones y las costumbres como un vaso de frágil vidrio con las aristas de piedra marmórea. Pero en su lugar no se ha instituido la educación moderna, que es difícil, delicada y árdua, tanto que para establecer sus cánones, dilatar sus horizontes y asegurar sus éxitos, han tenido que venir en auxilio suyo multitud de ciencias y de artes con todas sus luces y todos sus adelantos. En rigor no hay educación pedagógica doméstica, salvo siempre excepciones; lo que hay es confusión y caos; y de este caos, y de la falta completa de acción y de unidad, y de las dudas y vacilaciones del espíritu, salen jóvenes sin fé, sin ideales, sin virilidad, con unas indiferencias que aterran, con unos egoismos

y con unos achaques que hacen temblar por el porvenir. Dentro de 20 años en manos de esos jóvenes estarán el mundo y el progreso, la patria y la religión.

Más que reformas lo que necesitamos son hombres. De todas partes sale esta voz de alarma: «La especie degenera física y moralmente.» Ya se suicidan los niños; ya cometen homicidios. Por las calles los encontramos en grupos, procaces, desfachatados, fumadores, blasfemos y provocativos. Hay que regenerar y ennoblecer la especie. ¿Quién hará este prodigio? La educación, porque la educación es higiene, vigor, inteligencia, moral, espíritu y fe.

Si hubiera de dar noticia de las meditaciones, de las alarmas y temores que me asaltan ante el cuadro de lo presente y la especulación de lo futuro, haría interminable este prólogo. Basta lo dicho para justificar mi arresto, y para que se contemporice con mi actitud. Llamo á los padres á que se entreguen á los estudios pedagógicos para dar á sus hijos salud, bienestar, corazón y alma, todo lo cual vale mucho más que las riquezas, y aun podemos decir que las riquezas y los títulos son nada sin eso. Considere el lector que él y sus hijos, aun sin conocerlos, me han interesado tanto, que por este interés padezco, pienso y escribo.

COMO SE EMPIEZA

Porque hay que esperar á que el niño llegue á la edad adulta para educarlo en la profesión que ha de ejercer, creemos que hay que esperar á que llegue á la misma edad para darle la educación de hombre, de ser humano. ¡Lamentable error, que nos conduce á perder el tiempo mejor para la educación, la edad de gracia podemos decir, esos años concedidos como plazo para que formemos el hombre de lo que aun es un niño! Todo en él está en germen, lo bueno y lo malo; hay, pues, que hacer la selección de lo bueno, y cultivarlo con esmero en su tiempo, en su edad, en ese plazo que nos concede la naturaleza. Después será tarde, habrá pasado la oportunidad, y no podremos hacer mas que llorar nuestro error y sufrir sus consecuencias.

Estas reflexiones he oido yo á una madre, que las hacia en tales ó parecidas palabras, pero exactas en el fondo, teniendo alrededor á su hijo de cuatro años, en el regazo á su hija de 11 meses, y enfrente el retrato iluminado de su esposo ausente, al cual miraba como se mira al cielo cuajado de luz en los estados de más fe y de más esperanza.

—¿Quién te ha dado ese principio de sabi-

duría y de amor divino, excelsa madre? Le pregunté; y ella con una sonrisa y una mirada en que iban luciendo misterios del alma, apuntando al retrato de su marido, contestó:

—Aquel, el fuerte, el discreto, el que sabe mucho, el que ama todo lo bueno, y empezó á estudiar con ahinco estas cosas desde el día en que yo le dije con tanta ilusión como sonrojo: me parece que vamos á tener un hijo; lo he sentido en mis entrañas. Desde entonces multiplicó sus cuidados por mi salud, y por la tranquilidad de mi ánimo, y por la higiene de mi alimentación. El puso en tornomio como luces de todos colores, motivos de alegría y de satisfacción. Yo creía que las manifestaciones de su amor se habían agotado en las ternezas del noviazgo y en las plenitudes del lazo matrimonial, cuando este suceso abrió en su pecho nuevos raudales de dicha, y yo con ellos entré en un segundo cielo: que hasta entonces sólo había vivido en el primero. «Sois dos en uno, me decía, tú mi esposa, él mi hijo; no hay más allá sino Dios.» «Manuel, le contestaba yo; me parece que vamos á ser tres, con una sola vida, con un solo corazón. Viviremos de tu trabajo, que es como vivir de tu propia sangre y de tu propio saber. Tu talento nos servirá á los tres; tú serás la mente; no habrá más que un pensamiento. El amor nos fundirá todavía más en un solo ser. ¿Y dices que más allá no hay sino Dios? Pues yo creo que no está Dios más allá, sino aquí con nosotros; porque todo esto es divino, todo esto ya es el cielo.»

Así se preparaba este dichoso matrimonio para recibir al hijo anunciado. Cuna de amor

y de ventura le estaban disponiendo, y al rededor de esta cuna encendian todas las luces del alma, para alumbrarse en los caminos de la educación por entre las obscuridades de la naturaleza. y por entre los misterios de la vida. Ya lo vemos: se aman, se entienden, se entenderán siempre, y no habrá para cuidar y dirigir al hijo más que un pensamiento y una voluntad. Habrá además una inspiración perpétua y luminosa que subirá del corazón á la mente. La dará el amor tranquilo, generoso y puro, que es el que Dios bendice, y con su bendicion produce sabiduria y talento. La felicidad conyugal dará vida franca y plenipotente al hijo, como el sol la dá á la tierra con su luz, ó el cielo á las flores con sus rocíos. Así se empieza.

«Dos horas diarias, añadió la jóven esposa, viene estudiando desde aquella fecha; y no ha estudiado nada sobre el particular, que no me haya explicado al siguiente dia. Pase V. á su despacho, y verá: estante de la derecha, tabla tercera; todo en ella son libros de higiene y de educación.»

Pasé en efecto, y ví allí varias obras: Higiene privada, Higiene doméstica, Id. de la mujer, del matrimonio, de la infancia. Pero la mayor parte de los libros eran de educación: el «Emilio» de Rousseau, el libro de Fénélon, Pestalozzi, Froebel, Girard, Antropología Pedagógica, Jardines de la infancia, Lecciones de Educación, Juegos de los niños, Teoría y Práctica de la Educación y la Enseñanza, obra en 8 tomos; y allí estaba tambien «La Perfecta Casada» de Fray Luis de Leon. Cuando más embelesado me encon-

traba yo leyendo rótulos de obras, oí un grito agudo del niño seguido de otros que formaban desbordado llanto. Acudí presuroso. Y qué era ello? Que le había picado una avispa en la mano. Estaba parada en un hierro del balcón, bajo la parra que hacía su dosel, y el niño quiso cogerla.

La madre se inmutó; pero ni un grito salió de su pecho, ni un ademán fuerte reveló su sobresalto. En cambio corrió á la cocina, trajo greda en barro, y la extendió sobre el punto herido por el aguijón. «Animo, pequeño, le decia, esto se pasa pronto. Hazte valiente, hombre. Acuérdate de tu padre. El cirujano con un bisturí le pinchó muy hondo, salió mucha sangre, y él ni siquiera dijo ¡ay! Tú eres su hijo, y te has de parecer á él.» El niño se serenó, y entonces le dijo la madre: «¡Una avispa! parece mentira que un animal tan pequeñito te haya hecho llorar tanto.» El niño miró al balcón y enseguida á su madre, la cual acabó de quitarle el susto con esta petición: «Vamos, una risita, y todo se acabó.» Se sonrió el pequeño mientras aun rodaban por sus mejillas las dos últimas lágrimas.

«Las cajas de construcción; á construir»; y le entrególa madre una caja de piezas de madera, y otra de piezas de piedra, diciéndole: «Una casita de campo aquí en el velador, y un bonito pabellón en el costurero.» ¡Qué alegremente se entregó el niño á esta operación! Es verdad que su madre tuvo que auxiliarle. Mucho mejor; más vale la obra levantada así en compañía tan dulce, que no por uno solo; ayer le auxiliaba el padre. El uno y el otro se hacen niños para que de esta manera vaya el

niño haciéndose hombre. En otras partes sucede al revés: los padres descienden á niños para ir siendo cada vez menos hombres. Dijo la madre por fin: «Ya están terminadas las casas; dejémoslas así todo el día; gocemos algún rato de nuestra obra.» Y mirándome á mí añadió: no quiero que mi hijo se habitúe al devaneo de hacer y deshacer; no quiero que tenga el afán de destruir, pero sí el de producir». Muy bien, contesté con efusión.

Yo ahora quiero examinar á esta madre sobre algunos puntos.

—Dígame V., señora; ha estado V. bastante tranquila mientras su hijo era víctima de agudísimo dolor, y llenaba la casa con su clamor y su queja.

—Se ha equivocado V. Cien avispas que me hubieran picado á la vez no me dan tanta angustia y tanto dolor, como el que me han dado los gritos y las lágrimas de mi pobre hijo; ¿pero habia yo de aumentar su mal? ¿habia yo de añadir al susto que él tenia otro mayor con mi alarma y lamento? En los niños todo es sistema nervioso. Si yo le conmuevo y le agito los nervios con mis gritos, el dolor se le aumenta, y la conmoción llega al cerebro, y ahí se guarda, y se junta con otras, hasta que este centro de todo el organismo se vé agredido por tantos enemigos, asediado por tantos ataques, que sucumbe fatalmente, ó al menos se vé estorbado en sus funciones de presidir á la vida. Esta es enseñanza que he recibido de mi esposo.

—Se lo ha presentado V. al niño por modelo, y ciertamente que esto fué lo que cortó su llanto.

—¡Ah! sí; mi esposo quiere ser modelo de sus hijos, y que yo sea el de nuestras hijas. De esto me habla muchas veces. Es su ambición mas arraigada; es también la mia. «Quiero que el niño sea moralmente perfecto, en cuanto es posible á la humana naturaleza. Yo no haré, ni pensaré nada, sino aquello que dignamente pueda exigir ó aconsejar á mis hijos. Tú, Mercedes, puedes proponerme á ellos como ejemplo de imitación, y ten la seguridad de que grabarás en sus almas una enseñanza eficaz y buena, que jamás se les borrará.

No olvidaré nunca este hogar, esta familia, estos padres, que han sabido hacer de los hijos, que son para otros pesada carga ó enredo de la vida, el fundamento de sus virtudes y la seguridad de su dicha. Serán felices, y felices harán á sus hijos! Que me digan si hay gloria ni satisfacción ni deleite que puedan compararse con éstos tan puros y tan dignos, tan aseguibles y tan permanentes!

El reverso en otra casa.--Desenlace.

«Amigo Eduardo, le dije, no desautorices jamás á tu señora, ni ella te desautorice á tí en la educación de vuestros hijos. Delante de ellos aprueba todo lo que ella reprima, corrija ó castigue, y después á solas y en secreto, discutid, estudiad más bien vuestros actos, y que de este estudio nazca el más perfecto acuerdo de una y otra autoridad. Esas disidencias que ofreéis en el trabajo educativo, parece un in-

dicio de que no se aman ni se unen vuestras almas; porque en la comunidad de intereses se unen las voluntades, y en el fruto de su amor, el hijo, se siguen amando los esposos cada día más. Si el interés de la educación, que es el más grande y sagrado, no os une, ni el lazo del hijo os sirve para identificaros hasta *ser dos en uno*, ¿qué otro sentimiento ni qué otra razón podrán hacer que vivais unidos, identificados? Triste memoria de vuestro mutuo cariño dais á vuestros hijos, para el día en que ellos, ya en la madurez de la razón, recuerden estas escenas, y tenaz el pensamiento las analice, ó severa la conciencia las juzgue. Si ellos son buenos, dirán suspirando: no se amaban. Si no lo son, atribuid el no serlo á éstos escándalos con que habeis alimentado sus almas.»

«Cuando ayer tu señora, con mejor sentido que tú, no queria dispensar de la escuela á Manolito, estallada ya la lucha entre el hijo y la madre, él apeló á tí llamándote con fuertes voces, lo cual me demuestra que el niño está acostumbrado á vencer y burlar la autoridad maternal con la tuya que siempre tiene de su parte. ¡De su parte para sus desobediencias, sus veleidades y caprichos! Buen uso haces de tu jefatura. Y enseguida en el periódico y en las críticas de casino lanzas rayos y centellas contra las autoridades y los poderes que aprueban una desobediencia á la ley ó que protegen el capricho de un favorito. Pues no haces tú otra cosa en tu misma casa. Digo: ¡y que no es mucho más fácil gobernar una familia reducida que un pueblo ó una provincia! Quisiera verte, á tí, censor

austero, de gobernador, de juez, ó de alcalde.»

«Has anulado la órden de tu mujer y has mandado que el niño no vaya á la escuela. Ella se ha encerrado en una habitacion á llorar. Mi señora la ha sorprendido en su disgusto, y ha recibido sus confidencias. Se encerró para que el niño no la viera llorar; buen acuerdo. Se quejaba de que la hubieras puesto *á los piés de él*, una humillación injusta, una inversión del órden doméstico. Pero lo que ella más siente es las malas consecuencias que se derivan de aquí en la educación de su hijo; las prevenciones que despiertas en su alma inconsciente contra su madre, que tanto lo quiere, la incontinencia que avivas en sus deseos y los errores de conducta que infundes en su espíritu. Tu esposa sabe educar mejor que tú, lo cual no quiere decir que no tenga aun mucho que aprender y no poco que rectificar. Pero tiene instinto más cierto que tú: de esto no se puede dudar.»

«¿Que el niño no tiene más que seis años, y que son muy pesadas en tan tierna edad las tareas y la sujeción de la escuela? Si te concedo esto, no es por la tierna edad, sino por lo mal montadas que están nuestras escuelas, hasta hacerse insoportables en primer lugar para los niños, y en segundo lugar para el maestro mismo. La falta de aire, de luz, de espacio, es funesta para esos organismos todavía delicados, los cuales protestan con esa inquietud que no puede vencer el profesor ni con exhortaciones ni con castigos. Allí están revoltosos y torpes los niños; es natural: el pecho y la piel necesita otro ambiente, lo necesita la sangre; los órganos piden el agen-

te de la luz y de la temperatura normal; la vida reclama holgura, amplitud, horizonte. Estas necesidades no satisfechas escitan el sistema nervioso, lo sublevan; y hé aquí el desorden en la red vital, y por lo tanto en todo el individuo, y con el desorden la perturbacion de facultades en el espíritu, la de funciones orgánicas en el cuerpo. En estas condiciones la educacion se hace imposible, y la instruccion se dificulta en estremo.»

«El maestro con esta contrariedad y bajo las mismas influencias que los niños, se siente igualmente perturbado y no puede actuar sobre la escuela con aquella tranquilidad de espíritu y aquel gusto de la volutad que habian de dar dulzura á su palabra, lucidez á sus métodos, ingenio á sus medios y placidez á toda su obra.»

«Si los padres de los niños conocieran cuanto interesa á sus hijos todo esto, ellos pedirian á sus representantes en el municipio la dotacion de buenos edificios de escuela, donde los niños se recrearan y se sintieran agradablemente influidos. Entonces amarian la escuela en vez de aborrecerla. Entonces recibirian en ella sin repugnancia toda la educacion y toda la enseñanza que es capaz de dar el actual personal del profesorado, que es por su parte ilustrado, entusiasta y trabajador.»

«Pero todo esto, querido Eduardo, debiste verlo antes, para no inscribir tan pronto á tu hijo en la matrícula de la escuela. Y sobre todo, si por las consideraciones expuestas, hay que hacerle gracia de algun dia, sea esto siempre de acuerdo con tu esposa, y sea esta

gracia concedida por vosotros y no conquistada por el niño con llantos, gritos y desobediencias.»

A esta disertación contestó Eduardo:

—¡Son tantos los casos en que mi esposa y yo disputamos respecto á la educación de nuestro hijo! Yo no puedo ver que ella, con más falta de conocimiento que él, le reprenda, castigue y compela en cosas imposibles á su edad. Quiere con torpe y tenaz empeño que el niño cuide de no untarse ni descomponerse el vestido, como si fuera ya un mozalvete presumido. Se irrita, porque arroja sus baratijas, á veces sucias y repugnantes, para pasarles revista, sobre el mueble más delicado, que no debe tocarse sino con plumero y manos muy limpias. Que desordena y aun vuelca las sillas de mi despacho para levantar el chiquero de toro imaginario; y otras veces fabrica con ellas un castillo de moros ó un puente de rio. Que rompe muchas botas; que salta á las mesas; que baja la escalera á brincos; que enciende hogueras en el patio. Ya ves: todo cosas propias de la edad, y aun indicio seguro de un organismo destinado á tener un buen desarrollo, y alcanzar una consistencia fuerte. Pues no la puedo convencer de ello; y es que no quiere á su hijo, y por eso le disgusta cuanto hace. El amor es quien nos dá fuerzas y espíritu para sufrir de los hijos esas nimiedades, y luego soportar con fortaleza mas graves cuidados y penas, que vienen con la edad. Si ahora tanto le molestan esas pequeñeces, ¿cómo recibirá dentro de quince años las locuras y tempestades del jóven fogoso y arrebatado? Nada, nada; ella

es su tirano, yo su libertador. Vuelvo por los fueros de la naturaleza y la ley de la vida. Sobre todo, amo á mi hijo, y lo defiendo.

—A la edad de Manolito, le repliqué, eras tú como él, y tienes memoria de ello. A esa misma edad tu mujer era de otro modo, del modo que son las niñas. No tiene experiencia propia de esa manera de ser la niñez masculina, porque no ha podido tomarla ni de sí misma, ni de hermanos que no ha tenido. Cree, pues, que los niños han de ser como ella y sus hermanas fueron. Además, como no á tu cuidado, pero sí al de ella está todo el material doméstico, es natural que lo defienda de todo ataque. En esa defensa traspasará alguna vez los límites justos; pero ten presente que en todas las cosas, los humanos ó bien nos pasamos ó nos quedamos cortos; siempre caemos ó en el exceso ó en el defecto. Yo te pregunto, la economía doméstica ¿no es una virtud, una ley, una necesidad? Pues entonces el origen de todo eso que tu mujer hace es virtud, necesidad y ley. Loado sea Dios.

Dices que no lo quiere. ¡Qué disparate! Hace un año, cuando Manolito estuvo enfermo, en peligro de muerte, ¿no fué ella la heroína del amor maternal? ¡Veinte días sin dormir ni una hora, sin más alimento que alguna taza de caldo, sin descanso, al lado de aquella cama, mirando á su ídolo, y oponiendo á la muerte sus cuidados hasta vencerla! ¿No recuerdas que fué la admiración de todos? No la juzgues mal. Todo se reduce á que le falta conocimiento de lo que es un niño, y lo tiene completo de lo que es una niña, y compara. Por eso las comparaciones perturban nuestro

entendimiento, cuando no hay analogía entre los objetos comparados.

Hay que explicar todo esto á tu señora. Hay que hacerle ver que la naturaleza destina al hombre á un género de vida, y á otro muy diferente á la mujer. Para ello tendrá que dar á cada sexo cualidades y energías tambien diferentes, que han de empezar á significarse y desenvolverse desde la primera edad. La mujer es para el hogar, y el hombre es para el mundo. El ha de romper la tierra, taladrar los montes, surcar los mares; ella ha de preparar el descanso al fatigado esposo, y ha de compensar con el cariño y la dulzura esa rudeza de su agitada vida. Le privó de un paraiso, y se lo ha de devolver en delicias de hogar y en encantos de amor. «Al combate», dice el destino al hombre, y el hombre se lanza á luchar con la sociedad, con la naturaleza, con la creación, que sin cesar le oponen implacables hostilidades, Para que ya hombre sea el valeroso combatiente, es preciso que niño ensaye sus fuerzas y su ánimo, que se entregue á ejercicios violentos y peligrosos, que no tema á la lluvia y al polvo, que desprecie el refinamiento que pueden darle la seda y el pulimento, que imagine castillos y luchas, puentes y trenes, que anuncie su futuro destino con gritos, con golpes, con tenacidades, con desahogos de actividad y fuerzas que empiezan á estar en su pecho como el vapor en la máquina, empujando con su tension válvulas, embolos, ruedas, artefactos y trenes, todo de hierro, todo pesado, y todo movido con estrépito y violencia.

Yo habia dado en aconsejar é instruir á Eduardo en puntos de educacion. El y su esposa se habian casado muy enamorados el uno del otro; se encontraban en la mejor edad y en las mejores circunstancias para gozar de una dicha tranquila; y me apenaba el ver cómo esa dicha se habia desvanecido, y cómo se iba haciendo imposible el restablecerla; y todo ello por desacuerdos que no podrian existir desde el momento en que se hiciera un poco de luz. Yo tenia la lámpara en mis ideas pedagógicas. ¿Cómo no alumbrar con ella á los jóvenes esposos, dueños de la ventura, y desgraciados sin embargo, simplemente por error? Se me habia hecho interesante por otra parte la educación de aquel niño, es decir, su bola blanca ó negra sacada de la urna del destino. Quien haya meditado en esto de la educacion, temblará de horror ante la torpe crianza que suele darse á los hijos, para ser luego tan desgraciados y sembrar la desgracia en la sociedad. Bien podemos decir de estos que más les valiera no haber nacido.

Al fin logré que Eduardo hablara á su hijo al tenor de las siguientes palabras. «Venden el huerto de la Rambla por 10.000 reales, pero no lo podemos comprar, porque no tengo más que 8.000. ¿Y sabes por qué no tengo más que 8 000? Porque un dia te pusiste á encender fósforos en el sofá, se le prendió fuego, quedó inútil y tuvimos que comprar otro; y gracias que no ardió toda la casa. En el nuevo sofá empleé 25 duros, y 12 en un espejo que rompiste con la peonza, y muchos más en cristales que has roto, y ropa que has destrozado por no tener cuidado, y en mil obje-

tos que has destruido ó averiado. Total, la cantidad que nos falta para poder comprar el huerto. ¡Ah! si no fuera por esto, ya seria nuestra esa bonita finca. Iriamos á ella por las tardes, cogieras los ricos melocotones que allí se crian y que te gustan por demás, y los membrillos, las peras, la roja fresa. En fin, en ese huerto se cria todo lo que tú comes con más gusto.» Y el padre condujo á su hijo al huerto, para que contemplara la finca de que se veian privados por su culpa, y sintiera el pesar de no ser suyas las hermosas y sazonadas frutas que encendian su apetito.

Una mañana saliamos de casa de Eduardo éste, su hijo y yo, y al lado de la puerta encontramos á una pobre niña de la clase proletaria, que lloraba sin consuelo por habersele roto un plato al hacer un mandado de su madre. Para que se tranquilizara fué preciso comprarle un plato igual al que habia roto.

Buena es esa niña, dijimos á Manolito. Has de qué manera lloraba y á sí misma se acusaba de causar á su familia ese pequeño perjuicio remediado con quince céntimos. Eso sí que es interesarse por los bienes de la casa. Es preciso que su madre lo sepa. Tú se lo vas á contar, Manuel. Vamos, pues. Y así se hizo. (Histórico.)

Cuando el niño, con estas y otras reflexiones del mismo género, llegó á entender que el maltratar los objetos útiles daba por resultado su propio daño y el de sus padres, Eduardo avanzó un paso más, como fué el persuadir á Manolito á que amara más á su madre. ¿Cómo lo persuadió? Encomiándole el cariño que ella le tenia. ¡Magnífico tema el de los desve-

los, las penas y las ansiedades que ella padeció cuando Manolito estuvo enfermo, y no menos los comunes cuidados y ternuras maternales, que siempre ofrecen materia inagotable para ensalzar y recomendar á toda madre!

Muy grande fué mi satisfaccion cuando observé en Eduardo este cambio de conducta, producido por mis buenos consejos y repetidas enseñanzas. Me apresuré á dar la buena nueva á la sentida esposa, y á inspirarle su parte de transacción en aras de la felicidad. Tornóse la ofensa en satisfaccion y el recelo en confianza. Fué más tierna, más cariñosa, más tolerante; endulzósele el carácter; y pronto, muy pronto se encontraron los dos esposos en perfecto acuerdo sin necesidad de discusiones, ni conferencias, ni tratados, á que tantas veces habian apelado, sin más fruto que el de empeorar la situación.

Un dia en el patio semijardin de la casa, después de jugar la madre con el niño, como si esta fuera otro niño de seis años, mientras Eduardo sentado en banco de piedra leia un periódico, fatigada ella fué á sentarse junto á su esposo. El niño saltó afanoso de dar y recibir caricias, y poniendo la una rodilla sobre el regazo materno y la otra sobre las de su padre, el brazo izquierdo rodeando su cuello, el derecho otro, repartia por igual medida sonoros besos en ambos semblantes, besos que eran contestados por otros muy dulces y vibrantes, formando todos un ritmo de almas enamoradas y felices.

Desde una ventana ví la escena, contemplé el cuadro, y miré al cielo para ver si

los ángeles se asomaban á gozarse como yo en el espectáculo de una dicha tan cumplida y pura. Cuando volví á poner la mirada en aquel grupo encantador, el brazo izquierdo de Eduardo se ceñía á la cintura de la esposa feliz, y ella habia llevado su mano derecha al hombro opuesto del esposo. Todo se ha salvado, me dije, la paz conyugal y la suerte del niño; esta es mi obra. ¡Oh! educación, providencia, espíritu del bien, como quiera que los hombres te llamen, haga Dios que pronto te reconozcan todos, para que te amen con sinceridad, y se dejen redimir por ti; quiera Dios que los maestros, sabedores de tu virtud regeneradora, sean sacerdotes de tu culto en el templo de la escuela, y apóstoles de tu doctrina en todo lugar y en toda ocasión.

La niñera.--La envidia.

El niño no quiere ir con su niñera. La naturaleza, que nunca miente, la acusa de sevicia contra el inocente aunque molesto infante. ¡Si él supiera hablar, qué de crueldades y miserias revelaría!

La madre, que oyó de mis lábios esta consideración, pensó en suprimir la niñera: pero ¿por qué? ¡Ah! el niño tiene dos años; necesita el paseo todas las tardes; en él aprende muchas cosas; una muestra del movimiento social con todos sus accidentes se presenta á sus ojos al atravesar las calles; y fuera de la población le espera el gran teatro de la naturaleza para mostrarle sus árboles, sus frutos, sus aguas corrientes, un cielo hermoso, el sol poniente con nubes doradas. ¡Cuántas cosas

aprende el niño en estos paseos! Aprende lo que más necesita, y no pueden enseñarle maestros ni libros, sino que lo ha de aprender viéndolo y contemplándolo cara á cara en el gran cuadro original. De esta manera no preguntará este niño como aquel otro que vino de Madrid, *quién habia colgado los melocotones de las ramas*, ni como su hermanita *quien encendia y apagaba el sol*. Creian ellos que los melocotones los fabricaba la cocinera, y que un empleado como los que encienden los faroles del gas, encendia el astro del dia. De la excelsitud de la naturaleza toma el alma, de sus esplendores la imaginación y la fé, de su admirable órden la razón y la conciencia.

El niño en esas excursiones anda á trechos, y á trechos vá en los brazos de la niñera: alterna el ejercicio activo y el pasivo, que es lo mejor para su salud y desarrollo. Respira el aire libre, fomento de la sangre, de la alegría. Se desprende en ciertas horas de la casa; deja de ser la ostra pegada á la madre, para empezar á hacer su yo, su individualidad.

Y apropósito, señora: hagamos una digresión. El niño excesivamente retenido en el hogar, mimado además con exceso, atendido con exagerada diligencia en todos sus deseos torpemente confundidos con sus necesidades, ese es el alumno en preparación para la ruina y pasión de la envidia. La vida para él son esos cuidados, esas obediencias que se le dedican, y nada más. En esta sazón viene al mundo otro hermano suyo. Este es el más débil y por lo tanto el más necesitado. La mayor necesidad obliga á consagrarle mayores atenciones. Entonces el primero piensa—no piensa,

pero siente, que es peor:—«esas atenciones eran mias; me las roba éste; que se lo lleven, que no venga más, que lo echen al río,» como hemos oído decir á muchos pequeños.

En estos casos siempre he meditado: Así empiezan á tratarse estos dos hermanos. El saludo con que recibe el que estaba en el mundo al que ahora llega es de ódio, de exterminio, de deseo de muerte. ¡Y son hermanos! ¡Y ésta palabra es uno de los lazos más dulces de la vida! ¡En ella vá el sello y la ley de un amor inmortal y heróico. Así empezó Cain, y ved como acabó Abel.

¡Ah! nó, señor. me dicen los padres; ¿qué temor puede inspirar la envidia en un niño de dos ó tres años?

Esa es nuestra desgracia, contesto yo. Los niños, tan pequeños, tan insignificantes, los dominamos, los vencemos por lo pronto, los engañamos fácilmente, y así salimos del paso. Es verdad; pero ellos crecen, y van creciendo á nivel todas sus cosas, y sus pasiones, y sus hábitos, y sus gritos, y sus envidias, sí, sus envidias.—Se pondrá pálido, gemirá, luchará, sufrirá por esto innumerables molestias. Os pedirá que odieis á su hermano; le concederéis este ódio, aunque no sea más que de palabra. ¡Qué concesión y qué ejemplo! Con eso no haceis más que darle á beber de la copa del mal. Creed que no hay causa sin su efecto propio; y así como no hay gota de agua, por ejemplo, que no moje, tampoco hay engaño ni injusticia que no pervierta al inocente,—tanto más, cuanto más inocente — y esa concesión que le hicisteis es un engaño y una injusticia.

Si después otras influencias borran este efecto, no confiemos en que lo hayan borrado del todo. Ni en el universo se aniquila un átomo, ni en el alma humana se pierde del todo ningún dolor profundo, ninguna pasión dominante. La envidia es una y otra cosa; cuando ella desaparezca, aun quedarán sus consecuencias y sus señales; que en lo físico y en lo moral toda lesión deja su cicatriz, y no es lo mismo ileso que cicatrizado. Hagamos fuerte desde un principio el ánimo del niño, favorezcamos en él la nobleza y combatamos la ruindad, todo lo cual se consigue dando á los afectos base firme y á las palabras verdad incontrastable. Esto quiere decir que amemos al hijo hasta el sacrificio, pero no hasta la bajeza, y que le digamos siempre la verdad, no para su tormento, sino para su enseñanza. Basta de digresión ¿Qué pedís ahora, buena madre?

—Que me digais qué debo hecer con la niñera.

—Educarla para su cargo; y si no sirve, buscar otra.

—¿Y cómo la educaré?

—Muchas madres entregan sus hijos á las niñeras, para librarse algunas horas de ellos como de una plaga; y las niñeras dicen: pues si el niño es una plaga para su madre, nada de extraño que para mí sea plaga y media. Y como á tal lo tratan. Primer punto de la educación de la niñera: que ella entienda y reconozca que la madre, no por comodidad, sino por necesidad física y moral del niño, se lo entrega para que lo lleve á paseo. 2.º Hacerle comprender que el niño con la afición

que le cobre ó la fuerza con que la rechace testificará de su conducta; por lo tanto él la confirmará en su destino ó la dejará cesante; es más, él la declarará merecedora de algunas gratificaciones. 3.º Conocer diariamente el itinerario y estaciones que vá á hacer en su paseo la niñera, para vigilarla al arbitrio ya directamente, ya por medio de otras personas. 4.º Acompañarla repetidas veces, y enseñarle prácticamente á hacer higiénico y grato para el niño el paseo de la tarde. 5.º Que haga siempre que no se le acompañe, el relato de su excursión: y que el niño en su lenguaje explique sus impresiones; es decir, un interrogatorio hábil á los dos.

Señora, educar á la niñera es en parte educar al niño, porque ella también pone en el alma tierna ó espinas ó flores, y echa en el corazoncito muchas gotas, que ó son de hiel ó son de néctar.

Consulta

Aprovechad el instinto de imitación para dar á vuestros hijos buenos hábitos, y evitad á toda costa que este mismo instinto sirva para habituarlos á hacer lo malo, ó lo ridículo, ó lo perjudicial. Ese instinto es muy poderoso en los niños; pero subsiste durante toda la vida, aunque ciertamente lo vá amortiguando la edad. ¿Quién había de creer que aquellos indios que fueron hallados en Cuba chupando el humo de unas hojas secas y arrolladas, habían de ser imitados nada menos que por todo el mundo civilizado? Somos imitadores. Los

niños casi no saben hacer otra cosa sino lo que ven en otros, y observándolos, cuando la acción les sale bien imitada ¡qué alegría! ¡qué satisfacción! ¡cómo se quedan mirandoos en espera de que celebreis la gracia! Por eso cuando ayer se me consultó sobre la manera de corregir á un niño de tres años, que habia dado en andar con los pies vueltos hacia adentro, las plantas verticales al suelo, en vez de sentadas en él, contesté sencillamente: El remedio es llamarle la atención sobre el modo de andar que tienen los demás. Si esto no fuere bastante, haced en su presencia el paso marcial, que es el mas opuesto á esa posición viciosa de los pies, y el que por extraordinario despertará mas la atención del niño. — Lo imitará con placer. Aun podemos hacer la hipótesis de que ni así corrige su mal hábito. Entonces hay que suponer que su sistema de la motivilidad necesita de la contorsión, del esfuerzo y de la violencia; y no será la torcedura de los pies la única que haga. Abundará en movimiedtos anórmalos y en flexiones violentas. En este caso hay que emplear la gimnasia, los paseos largos, las excursiones á prominencias, el ejercicio de bicicleta.

Cuando se haya visto que el primer remedio ó el segundo son bastante correctivo, necesario será pensar en el poder que tiene el ejemplo, y en las aplicaciones que de él podremos hacer. Entonces será cuando el padre amante de sus hijos ordenará con gran esmero su hogar, primer colegio del niño, y su familia, primera sociedad en que va á vivir. Allí, en esa edad, en ese lugar y por esas manos se hará en el alma del niño la siembra de

ideas, de sentimientos, de vida, de fe, de moral, de todo; los frutos de estos gérmenes, sembrados en un principio, aparecerán en las edades como fructificaciones periódicas, semejantes á las que hace la naturaleza con sus plantas y sus semillas. Y cuando el padre haya hecho todo ese orden por amor al hijo, y á él se aficione, y lo goce, y lo aprecie en lo que vale, entonces verá que por querer educar se ha educado á sí mismo, y que con esto, si con otros bienes no, ya están pagados sus sacrificios. Pero tendrá esos otros bienes: el amor y el verdadero respeto de sus hijos, la paz y la dicha de su familia, la firmeza de espíritu con que mira las puertas de la eternidad aquel que dió su vida temporal al cargo más grande y augusto que Dios le confió.

Si dejais riquezas á vuestros hijos, temeréis que á otro día de morir vosotros las pierdan, y entonces será incomparable su desgracia, la de pobres, criados para ser ricos. Mas si les dejais educación ¿qué es lo que les dejáis? Salud, fortaleza de cuerpo y de ánimo, rectitud de vida, un alma que atraviesa la tierra á paso firme, y va derecha, sin vacilaciones ni tropiezos al cielo, que es todo, porque es amor, bien, verdad y duración eterna. Y decidme: estos bienes ¿se pierden ni se consumen como los otros?

¡A donde nos hemos remontado con motivo de un hecho tan pequeño! Ahora la tensión de mi espíritu me hace clamar: ¡Oh! padres, aire y luz para vuestros hijos; holgura para las corrientes de su sangre y para los movimientos de sus órganos, harmónicos como los giros de las esferas celestes; verdades

puras y sencillas para su entendimiento, que de ellas se nutre y en ellas se recrea; vigor y sanidad para sus corazones, paz y ley para sus conciencias, y sanción moral para sus gustos. Atrás las preocupaciones, las burlas, los menosprecios que suelen caer sobre esas almas tiernas; y mientras acatamos el dolor y la lucha que dan temple divino y santos anhelos al ser humano, guerra noble al suplicio semisacrílego que tortura, oprime y debilita. Son menores de edad; sus derechos, más sagrados que los nuestros. Con estos principios, ¡oh! padres, habreis llegado al colmo y á la gloria de la paternidad, que no pueden consistir en procrear, que consisten de hecho en educar; porque en la procreación se dá una vida ruin y baja, mas en la educación se dá una vida que llega á la plenitud, que alcanza lo sublime y que se enlaza con la eternidad.

La ciruela.

Entramos á la vez en casa de mi amigo Jáime Amanto, una campesina y yo. Ella obsequió con cinco hermosas ciruelas al hijo de Amanto, niño de cuatro años. ¡Gran regalo para él, porque era su fruta predilecta! Una de las sirvientes puso á prueba la generosidad del niño, pidiéndole una ciruela, que él dió con alegre diligencia, pero que ella le devolvió con un beso y un elogio muy gritado. Me miró él con ánsia de que yo también hiciera la prueba. La hice en efecto, pero en vez de restituírle la ciruela, me la comí tranquilamente. Entonces el niño arrugó el entrece-

jo, dejó caer la frente sobre la mesa, y rompió en llorar con gran lamento.

La madre acudió presurosa, alarmada en apariencia, queriendo apagar los gritos del niño con otros mayores dados en su auxilio. Lo recogió en su regazo, y como vengadora del agravio lanzó contra mí insultos y amenazas, Todo comedia. El padre la completó trayendo un grueso bastón, y fingiendo que me castigaba con fuerte paliza. Entonces fué cuando el ofendido, puso trégua á su llanto, y formuló su reclamación con voz entrecortada: «Que me dé mi ciruela», dijo, y el padre me empujó hácia afuera, mandándome ir á buscar la ciruela comida.

Fuimos á parar al despacho Jaime y yo. Una vez allí le dije con verdadera tristeza: «¡Cuánta farsa, amigo Jaime! ¿Así educáis á vuestro hijo?»

—No te entiendo nunca que me hablas de educación, me contestó. Dime, pues, ¿qué es educar á un niño?

—Nada más sencillo ni más fácil. Educar á un niño es dejarlo que se mueva, que respire, que llore, que duerma, que viva; es decirle verdad, siempre verdad; tratarlo con justicia y equidad; iniciarlo en obras de virtud y en actos de deber. ¿Quieres ahora saber lo que es educarlos mal? Pues es decirles que el agua no moja, ni la brasa quema, ni los abrojos hieren con sus espinas triples, ó lo que es lo mismo, que yo soy un insolente y un sin vergüenza por haberme comido la ciruela, como decía tu esposa, y que esta acción natural y consecuente, merece una paliza, como tú has fingido. Es educar mal á tu hijo ense-

ñarle á que haga la comedia, y no la realidad, de una virtud social como es la generosidad, lo cual es ponerlo en camino de que con las demás virtudes haga la misma comedia. Haz con tu entendimiento la teoría moral ligada á la práctica que acabais de hacer, y resultará que el hombre tendrá el derecho de tomar y no el deber de dar; que si alguna vez da algo, el que lo acepte es un malvado que merece execración y castigo; que es posible después de comida una cosa restablecerla á su ser y estado. ¡Cuánto desorden en ese entendimiento y en esa conciencia! Crecerá el niño ¿Y qué es crecer el niño, si no crecer su mano, su pié, su pecho, su corazón, su alma, su entendimiento y su conciencia? ¿Qué es, sino crecer las partes de que se componen estos órganos, y las fuerzas y elementos que hay en esas facultades? ¿Habeis puesto errores en su entendimiento, defectos en su voluntad, confusiones en su conciencia y egoismos en su corazón? Pues todo eso crecerá al mismo compás de todo su ser. Querrás rectificar algun dia. ¿Podrás? Y aunque puedas ¡qué curación tan penosa! Ahí es nada ¡renovar la sangre, los nervios, el espíritu, la vida entera!

Si ahora se aficiona á que en totalidad se le consagre lo que más le gusta; mañana podrá gustarle el gastar todo el dinero de tu casa, y ó tendrás la debilidad de abandonárselo, ó él tendrá la audacia de quitártelo. «Ni una cosa ni otra», me dirás; pues entonces, lucha, desamor, y ya en su mente no serás el padre, sino el amo del dinero, el avaro que guarda el tesoro, el tirano que oprime al esclavo.

Con esos errores, y esas mentiras lo iniciáis en la carrera de la vida, y después de algunos años cuando él sea falso, mentiroso y egoísta, cuando os explote en vez de querer os, y cuando en el comercio humano los hombres se quejen de sus obras indignas, de su mala fé, ó al menos de su carácter innoble, dirás que así os lo dió la naturaleza, sin advertir ni creer que así lo habeis hecho vosotros.

Si fueras médico te diria: de toda enfermedad busca la génesis, y verás qué remota es. No se produce de pronto por regla general, sino que viene fraguándose en el organismo por largo proceso, que tal vez empezó años antes: ha sido este proceso una preparación, varias labores y varias siembras del mal. Como eres abogado te digo: estudia las causas de los crímenes; son casi siempre una série que empieza en un padre ó en un abuelo y se resuelve en un hijo ó en un nieto, y éste es de toda la série tal vez el menos criminal. ¿Eres padre y por tanto educador? Pues entonces te he de advertir que los defectos morales con que tu hijo llegue á la edad viril serán casi todos la obra de tus errores cometidos ahora que se encuentra en la infancia, en la modelación de su carácter, que tú has de hacer con tu inteligencia y tu trabajo. La naturaleza ha echado en él todos los gérmenes, pero te ha puesto á su lado para que cultives los buenos y destruyas los malos, que es lo mismo que haces en tu campo. En resúmen, amigo Jáime; educar á tu hijo es librarlo de muchas enfermedades, de muchos extravíos y de muchas miserias.

Otra consulta.

La familia se componía de Augusto Adilo, contratista de obras públicas, su esposa Loreto Carpio, un niño de 11 años que había recibido el nombre de su padre, y dos niñas menores, que no entran á figurar en este artículo. Augusto Adilo Carpio era, hacia dos años, alumno de mi escuela.

Loreto me llamó un día, y me habló de la siguiente manera:

«Tendrá V. que enseñarme á tratar á mi hijo, Sr. Maestro; porque veo que V. lo lleva por donde quiere, y yo no consigo de él más que disgustos y luchas. No me respeta, no me obedece, ni me quiere, á mí que soy su madre. No parece sino que vá buscando el hacer aquello que más ha de disgustarme. Me tiene desesperada.»

—¿A que adivino de qué manera ha venido el niño á ser así como es? le dije, porque apenas hay alguno que nazca para ser irremediabilmente malo; casi todos nacemos para ser lo que procuran los demás que seamos, y luego más adelante lo que nosotros mismos procuramos ser.

—No lo entiendo.

—Cuando su hijo de V. era pequeñito, de dos años, cada vez que se caía, VV. para atajar su llanto, pegaban al suelo, porque con su dureza habia hecho daño al niño; y lo mismo harían en casos análogos con los muebles y otros objetos.

—Es verdad.

—Pues le enseñaban á ser el vengativo

más irracional del mundo, vengativo con los seres inanimados, incapaces por naturaleza de hacer ofensa alguna. Lo apartaban VV. de que conociera la verdadera causa de su daño, que era su debilidad é impremeditación; conocimiento precioso de sí mismo que es principio de la corrección propia, del propio perfeccionamiento moral y físico. Le infundieron el criterio vicioso de inculpar lo inculpable, y de atribuir á los efectos causas quiméricas. ¡Cuántos males iniciaron en su voluntad, en su entendimiento, y en su conciencia todavía latente! Más valiera no haber hecho nada, absolutamente nada, cuando el niño se caía. Observo que la educación al alcance de todos consiste en eso precisamente, en no hacer nada en ningun caso; porque así se deja al menos libre á la naturaleza para que ella eduque, y no se la estorba con torpezas, ni se la contradice con absurdos. Pero eso de no hacer nada cuando el niño se queja doloridamente, no puede sufrirlo el corazón de una madre. ¿Qué hacer pues? Dejarlo que se caiga; y una vez en el suelo, alentarle para que se levante por sí mismo, y exhortarlo á que desprecie su dolor pasajero.

Así empezará á aprender que tiene muchas caídas el camino de la vida, y que es preciso evitarlas; pero que si al fin se cae alguna vez, tenemos que levantarnos por nuestro propio esfuerzo, sufriendo mientras tanto las consecuencias sin turbación ni desaliento.

Sé que muchas veces el niño habrá pedido que se le satisfaga un capricho, no una necesidad, y se le habrá satisfecho con diligencia y celo. Así se le hizo caprichoso, y ya no se le

puede soportar. Quisieron VV. corregir este vicio. ¿Cómo? Resistiendo á sus exigencias. Procedimiento racional y sencillo. Pero él apeló entonces al llanto y á la *rabieta*, y por no oirlo se cedió una vez: perdición; él tendrá confianza en estos medios, porque ha visto que le dan la victoria, y en lo sucesivo siempre apelará á ellos hasta vencer. Y como el vencer es un hecho que tiende necesariamente á proclamarse en derecho, el niño se creyó constituido en el más firme derecho á la satisfacción de todos sus caprichos.—Nada de esto, señora; desde un principio, y si no en cualquier sazón, cuando un niño llora porque racionalmente no se le satisface un deseo, es menester no oirlo, no prestarle atención, y él abandonará tal recurso; porque no hay duda que llora para molestarnos y que la molestia nos venza. Sea él vencido; lo vencerá nuestra indiferencia. Que los malos medios empleados por los niños no alcancen nunca feliz éxito. ¡Ojalá pudiéramos imponer el mismo correctivo á los malos medios empleados por los hombres. El mundo seria bueno.

Tambien sé que muchas veces se habrá apelado al engaño para resolver los pequeños conflictos. Que el niño pidió una golosina con peligro de su salud: se le contestó que no habia, habiendo. Que resistió á ir á la escuela: se le mandó al criado que lo llevara á comprarle un juguete deseado, con orden secreta de que al pasar por la escuela lo entrara en ella á viva fuerza. Medite V. que el engañar á un niño es alevosía, y de castigar este delito se encarga la naturaleza. El ejemplo lo tiene en sí misma, que está sufriendo la pena

de que su hijo no la quiera ni la respete, según me ha dicho antes. Es claro. ¿Cómo ha de querer á quien le ha creado su derecho— por tal hemos visto que toma sus caprichos— para privarle de él con dolo y mentira? Esto aparte del malísimo ejemplo que recibe para su futura moralidad.

A estos pequeños hay que hablarles siempre la verdad, y tratarlos con justicia y razón. No se le dá la golosina, no porque no la haya, sino porque le vá á hacer daño. Y vá á la escuela, porque ese es el trabajo que le toca por su edad, así como la madre lleva el de los quehaceres domésticos, y el padre el de su profesión. Todo el mundo ha de trabajar; los niños también: ¡magnífica enseñanza y glorioso destino! Si llora, no hay que alarmarse. Al fin y al cabo el llanto es un bien para sus pulmones y un alivio del sobrante fluido nervioso. A la escuela; es ley fatal de su edad. Cumpliéndola, adecuará su ánimo á tantas leyes fatales como tienen la naturaleza y la sociedad, y solo así podrá vivir. Señora, créame V., á los hombres les debemos la verdad; pero á los niños se la debemos mucho más, y si esos niños son nuestros hijos ó nuestros discípulos, es horrible violación engañarlos.

Porque el pequeño molesta, se entrega á los criados. ¿Conque no lo sufre V. que es su madre, y lo ha de sufrir el criado, que por algo le llaman enemigo pagado? Sino es enemigo, es por lo menos un asalariado y nada más. A los niños nada se les escapa, y lo que no recogen en su inteligencia, lo recogen en otros receptáculos de su ser. En estos receptáculos cae para sus efectos el hecho repetido de que su madre

no lo sufre, de que el amor lo rechaza, de que el deber lo aparta, Por Dios, ¿así cumplimos nosotros? ¿Y queremos enseguida que ellos cumplan como modelos perfectos de cariño, de docilidad y de aplicación?—La esponja arrojada á la charca: esto puede ser algunas veces el niño echado á los criados. Mucho cieno allí, mucha facultad de imbibición aquí. El niño, por la razón de estar creciendo física y moralmente, absorbe y se asimila todo lo que lo penetra ó lo rodea.

¡Oh madres! ¡oh padres y maestros! Los hombres siempre serán lo que vosotros hagais de los niños. Esta ley apenas tiene alguna rarísima excepción.

* * *
¡Cuántas veces la familia se habrá puesto en conjura contra el niño. Usted á la cabeza; las dos criadas y el criado á sus órdenes. Razón de la conjura, lo malo que es el niño. Procedimiento; á recriminarlo, á perseguirlo, á engañarlo, á vengarse de él. Y á todo esto el niño es muy bueno por su natural, sin que tenga de malo más que la dirección que se ha dado á su espíritu, y las aplicaciones que se han hecho de sus facultades. ¿Cómo se explica V., si no, que el niño sea muy dócil en la escuela, y en la casa esté siempre en rebelión?

Restituyámosle á su puesto de niño, y devolvámosle su buen natural. Por razón de lo primero no quise darle asiento en la plataforma al lado del profesor como V. me exigió en un principio. Nó, dije yo, es niño, pues con los niños. He impedido, ahora lo confieso, que sus condiscípulos, inferiores á él en posición social, vengán á esta casa á servirle de tropa

de sus juegos. A él lo he librado de una soberbia funesta, á ellos de una humillación pésima. Su hijo de V. es niño; ni manda, ni tiene siervos, ni ha de hacer otra cosa que crecer, jugar, aprender y educarse; lo que quiere decir, escuela, descanso, libertad, obediencia, amor, y Dios sobre todo.

¿Por qué lleva el niño, á su edad de 11 años, un reloj en su bolsillo? Será para no perder el órden de sus múltiples ocupaciones. No sabrá V. explicarme racionalmente la circunstancia del reloj.

—Se lo dí para compensarle la privación de salir á la calle á jugar con los muchachos del lugar.

—Y para darle la misma compensación, le llenó V. ese cuarto de juguetes, y obliga al criado á que juegue con él. El criado es de la misma clase que los muchachos de la calle, pero sin la inocencia y espontaneidad de estos. Se pierde en el cambio. De todos modos el reloj, esa riqueza de juguetes, y la sociedad con el criado de 40 años me parece que es abortar en el niño la edad de hombre.

Estoy por muchas cosas antiguas y por muchas cosas modernas. Un buen sistema consistirá en la elección y armonía de las mejores tanto de unas como de otras. Que no le tutee su hijo. Señora; que le bese la mano al levantarse por las mañanas; que en la mesa esté con más respeto al acto y á la presidencia del acto; que siempre encuentre en V. grande y sublime el amor, noble y augusta la autoridad. No dispute V. con él, porque el disputar es entre iguales; ni le permita mandar á nadie, porque el mando es de entendi-

mientos maduros; ni se le sirva en lo que él deba ya servirse; ni se le impongan caprichos, sino deberes; ni se le castigue por venganza, sino por buena disciplina; con todo lo cual él amará y respetará á su madre, segun es una necesidad de su alma racional y de su edad infantil.

I. S.

El Programa.

Cuantas veces fui á la casa de Santiago Arbetto, encontré displicente, ó lloroso, ó colérico á su hijo Andrés de tres años de edad. Estaba enflaquecido, débil, inapetente; pero observé en él sentimientos generosos é instintos nobles. Lo ví llorar amargamente por que á una vecinita suya le pegaba la madrastra. Venía un ómnibus muy lijero á tiempo que un vecinito suyo estaba sentado en medio de la vía haciendo montoncitos de tierra. Andrés le gritó desde la acera, y no oyéndole el distraido niño, se arrojó á sacarlo del peligro, y por cierto que en nada estuvo que no fueran atropellados los dos. Le gustaba mucho dar limosna á los pobres. Si le entregaban un pájaro no le hacía daño; lo quería, lo tocaba blandamente. Era limpio, le repugnaban las manchas. En sus reacciones de calma y sosiego era cariñoso con los extraños, daba besos, y á las caricias correspondía con dulces sonrisas. ¡Buen natural! ¡Buenas cualidades! Pues casi todas las perdía cuando se enojaba, y á fe que doce horas del día las pasaba enojado, exigente, caprichoso, insufrible. ¡Qué! el mismo no se podia sufrir; era desgraciado; padecía mucho. ¿Por qué?

¡Quién lo creería! Porque su padre lo quería mucho, pero erraba hasta el desatino en el uso que hacía de ese cariño. Hay personas para quien todo amor es una venda que los ciega, mientras que para otras es una luz que les alumbrá. Y Santiago Arbeto era uno de los que llevan venda en los ojos para querer. No tenía además una noción que es faro en toda la vida desde la cuna al sepulcro, y lo es en todas las situaciones y en todos los casos, así de feliz ventura como de triste infortunio. ¿Cómo no lo ha de ser también en la educación? Consignemos esta noción: el hombre es un ser más del porvenir que del presente. La previsión es un atributo humano. Solo nosotros, los hombres, sacrificamos todo lo de hoy en aras y como en seguro de un algo de mañana. Quien no vea en esta cualidad un indicio cierto de nuestra inmortalidad, no sirve para adivinar y presentir verdades ocultas; esos en el siglo de Copérnico á Galileo, hubieran resistido también á creer que la tierra se mueve, porque su movimiento no se les hacía sensible. La historia y la experiencia nos hacen vivir en el pasado; la previsión y las aspiraciones nos hacen vivir en el porvenir. Así nuestro ser se dilata por la línea del tiempo en busca del punto de la eternidad, en busca de su foco divino, de su cielo inmenso, infinito.

Vamos, amigo Arbeto; toma esta idea en tu pensamiento y esta cualidad en tu naturaleza, y lánzate con ellas á educar á tu pequeño hijo. Mira que es la única manera no solo de salvar su porvenir, sino aun de endulzar su presente. El niño tiene esplín infantil, ha

llegado al tedio de la vida, y esto procede de ese hartazgo de gustos, satisfacciones y complacencias que á toda hora le estás dando. Está indigesto de cuerpo y de espíritu. ¿Así le haces empezar la vida? Pues quien mal empieza mal acaba. Mira en lontananza; críalo para el porvenir; empieza ya á encaminarlo al término de ser un hombre racional, fuerte, animoso, libre, sí, libre de la esclavitud de sus caprichos, de sus necesidades multiplicadas, de sus deseos insaciables.

De hora en hora pide la moneda para ir á la tienda á comprar la golosina, ó el pedazo de queso, ó la ración de embutido. Su primera diligencia al salir del dormitorio es buscar este cebo. ¡Y qué rabieta la suya cuando tardais algunos minutos en proveerlo! ¡Pobre criatura! cien rabieta cada día! ¿No es esto un dolor? Y todo por haberle dejado que adquiriera este hábito, este tormento de su vida. Al órden, ahora que es domable y dúctil en todo su ser, ahora que se encuentra en la edad de que en él germinen los gustos y los deseos, que se quieran, ahora es el tiempo mejor. Cuanto vé y cuanto apetece le proporcionas á toda prisa, imponiéndote á veces sacrificios y molestias increíbles. «Nadie le riña, nadie le contraríe», clamas á veces en su presencia. Lo llevabas un día á comer con sus abuelos, y al pasar por debajo de la torre de la Catedral, se empeñó en subir á ella. Trataste de diferir la ascensión, pero el niño se clavó á pié firme, y no hubo razones ni ruegos que lo movieran de aquel sitio. He dicho ruegos porque hasta le rogaste, le hiciste rendidas súplicas. Después de media hora, puesta tu persona en

espectáculo en la calle, tú, autoridad fuerte y razón clara, te hiciste siervo sumiso de la debilidad suma y del capricho infantil. No digas *sacrificios del amor*; lo que has de decir es *torpezas de ese amor*. La subida fué penosísima y pesada; tuviste que cargar con el niño hasta el campanario, media hora; y otra media de estancia, idem de descanso, y otro idem de lucha en la calle, hacen un total de dos horas, tiempo en que os perdisteis para la familia en el trayecto de tu casa á la de tus padres. Recados de una á otra parte: «Que salió de aquí á las once y media»; «que es la una y no ha parecido». A buscarlo; no está en ninguna parte: alarma, desazón, conjeturas, sobresaltos en toda la familia, cuando al fin os vieron salir de la torre muy tranquilos. Nada, dos casas en revolución por el caprichito del niño.

Es necesario que formes y cumplas el programa de educación física y moral. La primera: alimentación metódica, paseos, ventilación, limpieza y juegos, La segunda: orden, asistencia racional, buen ejemplo, trato dulce, y ya un poco de disciplina. En una y otra, previsión, meta fija, el destino á la vista y adelante. Contra todo este programa están los errores y torpezas en que hasta ahora has vivido.

El caballito.

Era una noche de frío, el 9 de Diciembre. A las 7 ya empezaba á caer la escarcha. Al rededor de la encendida chimenea de la casa

de Salustio estaban varias personas, entre ellas Angela Doncel, esposa de Anselmo Frias y madre de Fáusto Frias Doncel, niño de seis años recién cumplidos.

Se abrió la puerta de la estancia, y apareció Anselmo, sudoroso, encendido el rostro, agitado el pecho, y renegando de su suerte. Detrás de él habia quedado el niño Fáusto, á quien el padre hizo entrar de un fuerte tirón, y lo echó, lo lanzó sobre la madre como si fuera un bulto.

—No vuelvas á decirme que lo lleve conmigo, díjole el airado esposo, á la vez que se limpiaba el sudor.

De aquí nació una disputa conyugal de mútuas recriminaciones, que pudieron cortar los contertulios antes que tomara grandes proporciones. Vamos al caso.

Anselmo Frias se fué con su hijo á paseo. Al regreso entraron en el café, donde el niño tomó leche y bizcocho, y jugó un rato con un perrito jóven que llevaba collar de latón. Después se situó al lado del piano; y por fin, cansado de estar allí, hizo á su padre dejar la agradable tertulia que habia encontrado. En la calle, frente á una tienda de bisutería, lo paró un sujeto para hablarle de un asunto de cierta importancia. Fáusto se fué al aparador; tras del cristal en primer término habia un caballito de unos tres decímetros de altura que era una moneria, un encanto para los ojos y las ambiciones de un niño de seis años. Se prendó de él; quiso poseerlo, y corrió á su padre. Este no lo oyó, porque tenia embargada la atención por el asunto que estaba tratando. Fáusto empezó á gimotear y á dar

tirones de la capa á su padre. Rápidamente fué *en crescendo*, hasta que su llanto, gritos y tirones hicieron imposible la conversación. El sujeto y él tuvieron que suspenderla y aplazarse para el siguiente día. Anselmo, muy molestado, á una línea de la cólera, echó á andar llevando á su hijo de la mano, ó más bien remolcándolo; porque éste tiraba para atrás, hácia la tienda, llorando cada vez con gritos más fuertes. «Anda muchacho», decia el padre; y el hijo se encendía más, y más cejaba. Por fin á la entrada de una callejuela estrecha y obscura, el niño se echó al suelo boca abajo, y empezó á dar sacudidas como si le hubiera dado una pataleta. El padre fuera de sí descargóle unos cuantos azotes con la mano; se los dió con brio conforme estaba tendido en el suelo. Una voz le interrumpió; era de un transeunte que protestaba: «Bárbaro», dijo sencillamente. Y Anselmo se fué hácia él diciéndole: «¿Y á V. qué le importa? Soy su padre» — «Su verdugo», contestó el otro. Anselmo se arrojó sobre el importuno; pero pudo contenerlo y conjurar el conflicto don Agustín Sabina, canónigo muy respetable y popular, que providencialmente apareció en aquel instante. A todo esto al rededor de ellos se habia formado un grupo de curiosos, que llegaron á ser lo menos doce. «Que lo lleven á la cárcel», dijo una voz saliendo de la ventana más alta que por allí habia; voz indefinida, de vieja, de niño, de hombre, de mujer; de todo tenia. El concurso soltó una carcajada, y se deshizo, se irradió. Cada uno tomó su camino gritando los unos *que lo lleven á la cárcel*, y los otros *verdugo, padraastro*.

Bien se vé que Anselmo tenía motivo de sobra para llegar á la casa de Salustio abochornado, pesaroso y dado á los diablos. Este lo consoló, y tranquilizó su exaltada imaginación cuanto pudo, y le rogó que al día siguiente se situara en la puerta de aquella tienda, y allí lo esperara.

Llegó Salustio con su hijo Pío, de la misma edad que Fáusto, con diferencia sólo de 13 días. Se paró á hablar con Anselmo, y... sucedió lo previsto, su hijo se embobó mirando al caballito. Vino enseguida á decirle: «Mire V. qué caballo, papá.» No lo desatendió, miró al caballo. «Yo lo quiero; cómpremele V., le dijo Pío; y Salustio le contestó: «Ahora, espera un poco, que estoy hablando con D. Anselmo.» Pío se fué al aparador, y no volvió á molestar en los 20 minutos que duró la conversación.

Entraron en la tienda:—¿Cuánto vale el caballo?—24 reales.

Salustio echó mano al bolsillo, sacó el dinero, se lo puso á Pío en la mano. «Ahí tienes 24 reales, le dijo; eran para comprarte unas botas. Si tú quieres más bien el caballo, cómpralo: pero en dos meses no tendrás calzado; porque después de comprar la comida de todos los días, y la ropa que necesitamos, no me queda para botas y caballo: ó lo uno ó lo otro; elige tú.

El niño se quedó parado y como pensativo. Por fin se decidió. «Quiero el caballo», dijo.

—Pues el caballo tienes, le contestó su padre; pero ya sabes que en dos meses no tendrás calzado; no podrás salir á la calle; no irás casa de tu abuelita; los domingos por la tarde, cuando toda la familia nos vayamos á

un huerto, tú te quedarás solito en la casa; y si en esos dos meses vamos un día al monte, no podrás venir. ¿Quiéres el caballo?

—No, no quiero el caballo Y muy conforme devolvió el dinero á su padre.

* * *
—¿Lo vé V. amigo Anselmo? le dijo Salustiano, y Anselmo preguntó: «¿Pero y si el niño hubiera preferido el caballo?»

—¡Ah! no lo dude V. Si prefiere el caballo le sucede punto por punto todo lo que le he anunciado, y así hubiera aprendido á gobernarse en la vida. Pero V. ha visto que á aprender eso no empieza hoy. El niño ha probado que lo viene aprendiendo de atrás,

* * *
Algunos meses después —era verano— una noche Anselmo en su balcón, Salustio en el suyo, y Fáusto adentro, lloraba éste con todas las fuerzas de sus pulmones.

—¿Por qué llora el niño? preguntó Salustio.

—Porque no quiere acostarse en su cama, que está ahí mismo en la alcoba, contestó Anselmo: sino que se ha empeñado en que le haga una *camica* al lado de mi mesa; y que luego cuando yo me acueste lo lleve á la alcoba. Como V. me ha convencido de que á estos caprichos no debe accederse, no cedo, y ahí está llorando hace una hora.

Estaban solos en la casa Anselmo y su hijo, pues la señora habia ido á asistir á su madre enferma, y con ella se habia llevado á la criada.

—¿Quiére V. que calle?—le preguntó Salustio.

—¡Pues no he de querer!—contestó.

—Dígale V.: «No puedo más. Me voy á la calle para no oírte; de media en media hora pasaré por aquí, y cuando note que ya no llores, entonces entraré» Y sin vacilar toma usted la escalera.

Así lo hizo, y así salió. El niño se apresuró á llamar á su padre, á cesar en su llanto, y á conformarse con que lo acostara en su cama.

Aprenda V. le dijo después de esto Salustio. Ya ha visto que en estos casos de tenaz capricho lloran para rendir nuestro ánimo.

—Bien, observó Anselmo; pero y cuando esté aquí la familia ¿nos hemos de ir todos á la calle? Y si es de día tal vez le importe poco.

—En tal caso, contestó Salustio, debe usted decirle después de algunas reflexiones, á las cuales supongo que no obedece: «no te puedo sufrir ya; tienes derecho á llorar, pero no á molestarnos. Vete á la *torreta*, donde no te oiremos, y allí puedes llorar cuanto quieras.» Y ó vá él, ó lo lleva V. La *torreta* de esa casa no es una habitación?

*
* * *

De nada de esto tendría necesidad D. Anselmo Frias, si desde un principio hubiera conducido bien la educación de Fáusto. Ahora es menester, para corregir los vicios de carácter que el niño ha contraído, apelar á correctivos fuertes y perseverantes cuidados.

Esto me dijo Salustio, por comentario al relato de las escenas narradas.

Ingesta.

El que sea educador será higienista. y el

que sea higienista tendrá que estar muy prevenido contra las *sofisticaciones* de los alimentos preparados, de las bebidas, de las medicinas y de los vestidos, y segun D. Prudencio, hasta de los frutos de la tierra. Porque es lo que dice este señor: «Va uno á comprar pan y le dan yeso, y por pimentón le dan cáscara de almendra, y amílico por vino, y cincorina por bisulfato de quinina, tela de *borra* por paño de lana, y guano por melones y tomates. Al levantarse uno de la cama por la mañana, hay que hacerse estas preguntas: ¿Cual de los vendedores me matará? ¿será hoy ó lo dejaré para otro día?

D. Prudencio jamás mandaba á la criada á la farmácia; iba él mismo, y solicitada la medicina, antes que se la despacharan, preguntaba el precio. Si el farmacéutico ó el practicante le decían que importaba dos pesetas, por ejemplo, él entregando cuatro contestaba: Pues tome V. el doble, y démela *pura y auténtica*. (Eran sus palabras). En cuanto á las droguerías, de ellas no tomaba en clase de medicina *ni aun la gloria*: (Eran tambien sus palabras)

De tahona mudó tres veces en dos años, y eso que él tomaba pan moreno, el que creía que no era objeto de tanta adulteración como el blanco. Y habia de ser correoso, señal de gluten, que es lo que dá el trigo, y lo que más alimenta.—Tenía confianza en un cortador y no compraba carne más que de aquel. Los embutidos habian de ser de origen doméstico, y los frutos de la tierra ùe los cosechados por aquella media docena de arrendatarios que no habian aceptado el gua-

no, según escrupulosos informes que él había tomado. Para las telas traídas de la tienda se había construido una caja de desinfección, y en ella las sometía por 24 horas á la acción del ácido fénico, del sulfuroso y del hiponítrico. El segundo lo producía quemando azufre, y él tercero echando granallas de cobre en un vaso con ácido nítrico. Por lo venenoso que es este último empleaba al usarlo las debidas precauciones, apesar de ser el desván el lugar de instalación.

No es extraño que D. Prudencio viviera con estos cuidados. El procedía del pueblo de Peltrosano, cercano al río que con sus aguas movía una fábrica de harinas. Ocurrió en este pueblo que de pronto estalló una epidemia doble, la de una gangrena gástrica, y la de terribles convulsiones que acababan con la vida. Una y otra atacaban principalmente á los niños. Los médicos y el farmacéutico estudiaron la enfermedad, y vinieron á comprender que procedía de la ergotina del centeno incluido en el pan. ¿De dónde procedían las harinas? De la fábrica del río. ¿Qué operación había hecho ésta? Comprar seis mil fanegas de centeno averiado por la humedad, con el cornezuelo, ó sea el hongo de la ergotina, un verdadero veneno, y mezclarlo con el trigo y con otras sustancias que blanquearan la harina. La epidemia se cebaba principalmente en los niños, porque ellos son los más comedores de pan. D. Prudencio había perdido en esta campaña un hijo, en quien él había puesto todas sus ilusiones. No es extraño que al conocerse el origen de la epidemia, capitaneara las turbas irritadas de padres en duelo y de veci-

nos indignados, que pedían justicia y aún se la quisieron tomar por la mano. Fueron á la fábrica, la encontraron desierta; arrojaron las existencias al rio, y rompieron una parte de la maquinaria. De resultas de estos sucesos D. Prudencio fué desterrado; y por eso vino á parar á la ciudad de Odilia, donde estamos á la hora de escribir este artículo.

¡Sino de D. Prudencio! A los cuatro meses de vivir en Odilia, una de las fábricas harineras de esta ciudad fué sorprendida en operaciones de adulteración, sofisticación como decía él, de sus harinas por medio del yeso blanco reducido á polvo impalpable. ¿De dónde tomaba el pan D. Prudencio? De la tahona de Luque, el más fuerte consumidor de dicha fábrica. Por esto su niña Obdulia venía padeciendo afecciones gastrointestinales, que él atribuía á las aguas, y ahora veía claro ser debidas al yeso que el fabricante le ingería, traídoramente en el delicado estómago, en las mismas entrañas puede decirse.

D. Prudencio hubiera levantado otro motín; pero en Odilia para este fin no contaba con el prestigio y los resortes, que en Peltiosano.

¡Sino de D. Prudencio! Los embutidos, hechos en su cocina con especia de pimentón, hubo de tirarlos, porque el tal pimentón era de cáscara de almendra.

Cuando su hija cayó en atonía, y estuvo amenazado de anemia, y de su consecuencia la tuberculosis, tras del vil engaño que en los primeros dias le hizo el droguero Pardiñas, mandándole cinchonina por bisulfato de quinina, cuando la niña se encontraba en lo alto de la crisis, y él luchaba con fuerzas de des-

esperado por salvarla, gritaba como un loco: ¿Quién me la mata? En el montón, en la fila de fabricantes y vendedores está el asesino. Lo he de matar; los mataré á todos. Iré á la horca ó al presidio; pero en una ú otra pena, me han de permitir levantar este cartel. «Por haber dado muerte á los asesinos de la humanidad.» Como si los comerciantes se estuvieran burlando de su desesperación y se lanzaran á provocar su furia, hubo uno que en el kilo de azúcar le envió cerca de 100 gramos de sustancia extraña parecida á mármol molido. También era buena la zarzaparrilla de Bristol que le habian traído: regaliz y agua. Y para consolarse achicoria en el café y el chocolate. Item: materia colorante en este último.

Estaba furioso; volvió á la razón cuando su hija se puso buena; pero no volvió á la tranquilidad completa, porque él estaba siempre azorado, y convertido en una protesta viva y perpétua contra las adulteraciones, y contra el origen de ellas, que es el egoismo creciente y suelto á sus anchas, sin conciencia individual que lo sujete al deber, sin autoridades firmes y atentas que impidan sus crímenes ó los castiguen ya cometidos. Se ha aumentado el conocimiento y la observancia de la higiene en otros extremos; pero la codicia del lucro envenena y hiere á traición al comprador confiado. El progreso intelectual y el atraso moral se encuentran en batalla, sin que podamos preveer el resultado final. Los pobres niños, por ser más delicados, más vulnerables á todo ataque, son los que pagan estos delitos con su salud y su vida. ¡Precio-

sas vidas que el diablo paga á los negociantes á peseta ó á duro por cabeza!

Los títeres.

Los niños del campo son muy veraces. Los de la ciudad empiezan por serlo también; pero pronto les enseña á mentir el ejemplo, los obliga la necesidad, y les alecciona el convencionalismo.

El ejemplo = Dice un niño á su padre que lo lleve á los títeres, y el padre, no queriendo llevarlo, le contesta que no hay función. No lo comprendo; no entenderé nunca por qué dá esta contestación el padre. ¿Es que teme decirle á su hijo, no puedo, no debo, ó no quiero llevarte? ¿Y habrá quien explique racionalmente este temor? Dirá mi amigo Saldina, de quien sé que de este medio se vale para librarse de compromisos con su hijo, que obra así para que éste no se enoje: es por su bien. ¡Valiente excusa! No sabe el Sr. Saldina que hay enojo tomado en la infancia que sirve precisamente para ahorrarse otros muchos y mas graves en la adolescencia y en la virilidad. Traemos á la vida nuestra cuenta de disgustos, y para saldar pronto, es necesario empezar pronto á pagar; por que los pagos anticipados gozan de descuento, y los atrasados van cargados en costas. ¡Y cuánto suben éstas á veces!

Añadiría el Sr. Saldina que bien pudiera el disgusto llegar á mayores como ha sucedido algun día, en que el niño se ha encorajado, y ha habido que castigarle fuertemente. ¡Es

tambien! le contestaría yo. Castigarle fuerte, supongo que significa vapularlo, darle de golpes. Pues eso es sencillamente envilecerlo. Tal castigo es bárbaro por regla general, y para que por excepción sea correccional y justo, se necesita que concurren muchas circunstancias de carácter y de culpa.—Sí, pero yo me irrito, insistiría el padre, al no poder conseguir que se conforme, y acabo por pegarle.

El demonio es este Saldina. Él, hombre maduro, en la edad de la reflexión y de la calma, se permite arrebatarse y no ser sufrido; y su hijo, que apenas pasa de seis años, ha de tener una gran conformidad en las contrariedades. Lo más digno de mención es que si el niño no tiene esa conformidad, hasta donde sea posible, es porque su padre no ha sabido inspirársela. Pero después de todo, el hecho es que el niño no se aviene á razones, que llora y patalea, y que esto molesta mucho.—Bien ¿y qué?—Que hay que evitarlo.

Casi siempre sucede que por huir de un mal caemos en otro mayor. Lo que hay que evitar son los peligros que trae el mentir al hijo. Se le ha dicho que no hay función de títeres. ¿Y si él llega á saber que sí hay? Entonces discurre, ó si no discurre siente, va á parar á los mismos efectos que si discurriera, —esto es experimental, y lo puede comprobar el que quiera - discurre, siente ó piensa: lo primero, que su padre es un embustero, un informal; y los embusteros é informales no son dignos de una autoridad tan excelsa y sagrada como es la del padre, semejante en todo á la de Dios: abajo, pues, la autoridad paternal, abajo al menos su fuerza moral y su

explendor. En lo sucesivo podrá vencer el padre al hijo por una especie de despotismo, mas no podrá gobernarlo por la razón y la ley. Más sencillamente, ¿qué respeto ha de inspirar á un niño un educador que miente, que lo engaña, y que después de engañado lo apalea y lo insulta? Porque una cosa es castigar y reprender, y otra muy distinta, y tal vez contraria, insultar y dar palos.

Lo segundo que pensará es que no se vió privado de la diversión deseada ni por impedimento verdadero ni por mandato justo, sino por un abuso de autoridad; y la prueba está en el mismo engaño, porque la justicia no tiene por que ocultarse tras de la mentira. Ella quiere que la vean y que la acaten. ¿Quién apartará al niño de creer que su petición fué ajustada á derecho, y que en cambio la denegación fué inicua y atentatoria? ¿Qué trastorno de nociones morales llevamos á su alma, y qué desórden tan grande ponemos en su conciencia y en su voluntad! ¿Cómo falseamos sus sentimientos y las bases primeras de su constitución moral! ¿Qué extraño será que mañana sea un hombre de amargas preven- ciones y de conducta ruin? Si los dioses de los gentiles eran vengativos, adúlteros y pérfidos ¿cómo habian de ser los gentiles mismos? Pues eso mismo sucede aquí, porque si el padre, númen, mentor, semidios del hijo, es engañador y desleal, ¿cómo vendrá á ser el hijo? Ni él será veraz y digno, ni tributará al autor de sus dias aquella piedad filial que ensalzaron los antiguos, y á la que Dios mismo concedió los más grandes premios en su ley escrita.

Llegó el día en que realmente se suspendió la función. ¿Pero qué sucedió? Que el niño no dió crédito á esta noticia que le daba el padre, y lloró, y gritó y puso en conmoción toda la casa. Ahora sí tendrá razón el Sr. Saldina para incomodarse para indignarse, y aun para echar mano al látigo. Porque él dice verdad, y el irreverente rapaz se atreve á contradecirle. Hecho un renegado se vá hácia otro lado de la casa protestando y diciendo á gritos: «mentira, que sí hay función.» Que se incomode cuanto quiera el Sr. Saldina; pero es lo cierto que él tampoco cree á quien lo ha engañado una vez; mucho menos creerá al que lo haya engañado ciento, como él ha hecho con su hijo. Le duele que su propio hijo lo acuse de falaz y pérfido. Pues ese dolor es su obra; que pegue consigo mismo.

Un consejo y un aviso.

En el pueblo de Falera, Plaza de Arriba, número 3, si mal no recuerdo, vivia Ernesto Manero, un niño de los más hermosos y buenos que han venido al mundo: dócil, sufrido, cariñoso, prudente y ya discreto. En el balcón se sentaba á gozar con la vista los juegos, las carreras, el movimiento febril de los de su edad, ya que no podia tomar parte en ellos por no permitírsele sus padres.

—Señora, dijo Santos Gil á Gracia Luna, madre de este niño, déjelo V. que baje un rato á la plaza á jugar con sus iguales. Mire V. lo que hace; les echa su pelota para que jue-

guen con ella. Los ojos y la vida se le van tras del grupo vivaracho y chillon. Con su ansiedad los sigue, con su corazón los acompaña. Déjelo V.

—No, señor; porque se le pegan las maneras y las palabras de los muchachos callejeros, y esto no me gusta, ya que él es tan comedido y modoso.

—Razón es la que V. dá, pero me parece que son de más peso las que yo tengo para aconsejarle que dé un poco de libertad á Ernesto. Esas incorrecciones del vulgo, si se le pegan, no tienen más importancia, que el yeso de la pared que se agarra á la manga. Se le pasa el cepillo, y ya está limpia; porque es una hora, media, lo que el niño va á estar en la plaza sin que V. lo pierda de vista, y en tan corto tiempo muy poco es lo que puede pegársele, y aun ese poco no es del género grave, no ahonda, no envenena ni la sangre ni el espíritu. Los muchachos, mientras juegan así como esos, á correr, á saltar, á moverse, crea V. que acumulan fuerzas y vida, y casi practican una virtud, porque ese es el trabajo de su edad, la ocupación de sus facultades. Ya ve V. que los beneficios superan al daño. Conque dele permiso, y verá que bien cena y duerme esta noche

—Dispense V.; no puede ser. Su padre lo tiene prohibido, y yo estoy de acuerdo con él.

—Eso es otra cosa; pero dígame á su esposo, y yo tambien se lo diré cuando lo vea, que martiriza al niño, y lo expone á un agotamiento de fuerzas vitales por no dejar que con el movimiento, la alegría y la expansión las fabriquen sus propios órganos. Que estu-

die la cuestión, que consulte con un médico, y verá como tengo razón.

En esto vió D. Santos aparecer por el otro lado de la plaza á D. Valentin Fontón, el jefe de la casa. esposo de Gracia y padre de Ernesto. Bajó D. Santos á recibirlo, y se encontró con él dos pasos delante de la puerta, á tiempo que pasaba el médico de ambos. Detuvo á este, y le preguntó para que D. Valentin oyera la contestacion: ¿Qué daño puede venir á un niño por falta de ejercicio, de libertad, de recreo; mas claro, por no dejarlo que se entregue á juegos propios de su edad?

El médico contestó: «Esos juegos son muy convenientes al desarrollo del organismo y á la salud del individuo. La naturaleza los inspira, los impone, los varia. Observen VV. que en todas partes esos juegos son de ejercicio y recreo; y que los niños destinan cada uno para cada época del año. Es que el instinto les señala la clase de ejercicio que han de hacer, segun la estación. Es claro que á la edad infantil pueden dárseles otras satisfacciones en sustitución de los juegos, como es una gimnasia adecuada, ó temporadas de campo. Pero privar de todo esto á los niños es exponerlos á caer en un *pauperismo* orgánico, el cual lleva consigo la predisposición para todas las enfermedades; y por cierto que si se apodera de uno de estos individuos cualquier enfermedad, su curación se hace por demás difícil y pesada.»

Este voto de calidad fué para D. Santos una victoria; porque él era hombre que celebraba estas afirmaciones periciales de sus consejos, y era dado á aconsejar, como victorias de



mucho honor. De todas maneras hizo un gran bien á Ernesto, porque se le indultó de muchas penas. Su padre D. Valentín Fontón, en justa recompensa debió enviarle otro médico, si del cuerpo nó, del espíritu, que corrigiera graves errores habidos en la educación de sus hijas.

Eran éstas Elisa, la mayor, bonita, linda, aplicada, sincera, graciosa; y Rita, la menor, en quien no brillaban en tan alto grado, ni mucho menos, las cualidades expresadas. Por esto Elisa era la predilecta de sus padres; se accedía fácilmente á sus deseos; se celebraban sus adelantos, se aplaudían sus actos y palabras. La otra gustaba alguna vez el amargor de las censuras; se la contrariaba á menudo; en los litigios con Elisa se le quitaba la razón. Si habia visita, los padres, sobre todo ella, la madre, se gozaba en lucir á Elisa. La pobre Rita quedaba preterida, ó si salía á plaza, era para ser humillada.

Callaba, callaba siempre la niña ofendida, y á la vez crecía, crecía sin enmienda. Al contrario, cada dia era más taimada, más indolente, menos comunicativa. Mañanas enteras se encastillaba en la habitación más alta en busca de soledad; y por la tarde, á última hora, como para resarcirse, corría, saltaba como un muchacho, y aun solía hacer alguna diablurilla. Lloró algunas veces al principio: pero después se le secaron las lágrimas. En cambio miraba por lo bajo ó de lado, miradas recelosas, de mal agüero. La distancia era cada dia mayor ¿Quién no vé que en este corazón iban depositándose todos aquellos sufrimientos y aquellas quejas, con las cuales

el tiempo fraguaría un volcán de ódio y de venganza?

Así sucedió, y eso que en buena ocasión recibió D. Santos un aviso como providencial de labios de D. Valentin, con lo cual bien se puede decir que éste pagó con igual favor que el que habia recibido. Efectivamente, una tarde que estos dos padres pasearon juntos, D. Valentin llevaba á su segundo hijo, Sixto, de cuatro años de edad menos que Ernesto, entre los cuales habia una desigualdad de cualidades muy semejante á la que existía entre Elisa y Rita. Pero D. Valentin pensaba y obraba en esta parte con mas cordura que su amigo; y así es que en dicha tarde le habló de esta manera. «Mi pobre Sixto no ha nacido tan aventajado como su hermano. Es atolondrado, holgazán, bastante indócil. algo brusco; en fin, todo lo contrario de lo que es el otro. Así es que para criar á este tengo que aguzar más el ingenio y sobre todo cuidar mucho de que nadie le eche en cara que su hermano es mejor que él. Esto podría despertar la envidia, y entonces sí que no habria medio de corregir los defectos de Sixto. Esa vil pasión llenaría su pecho sin dejar plaza para ningun sentimiento noble. Quiero más á aquel, porque se lo merece; pero quiero más á éste en vista de que es más desgraciado. Es decir, que quiero á los dos por igual.»

Las piedras y los árboles creo que entendieron estas palabras mejor que D. Santos. Se quedó como si no hubiera oido nada. Pero trascurrieron cinco años. Y hé aquí que sus dos hijas son ya dos señoritas. Rita se ha transformado, es muy hermosa. ¡Qué cruel ven-

ganza ha tomado de su hermana! ¡Qué mar de lágrimas ha derramado su madre! Y D. Santos ¡cuántas amarguras ha devorado en silencio! Porque ahora, por una coincidencia, es cuando ha venido en memoria de aquel aviso que le dió sin pensar su amigo Valentín una tarde de paseo. ¡Ahora que ya no tiene remedio!

Sr. D. I. S.

Muy señor mio: La lectura de los artículos de V. me ha corregido ciertos errores que cometía en la educación de mi único hijo, huérfano de padre, y me ha despertado la afición á los estudios pedagógicos. Un colega de usted me ha dejado el Diccionario de Educación del Sr. Carderera, en el que leo preciosos artículos tomados de obras que he de adquirir. Mi hijo á la vez lee con afición el libro de Amicis «Diario de un niño», que tan felizmente le ha ocurrido á V. recomendar. En su lectura se recrea y se educa su tierno corazón.

Mi fortuna es modesta, pero con ella podré dar carrera á este hombrecito de 10 años, que se llama Julio, y ocupa mi pensamiento á toda hora. Siento que no lo conozca V. y que no lo observe, porque de este modo podría darme, solicitados por mí, consejos útiles é instrucciones concretas. Las que de sus escritos he podido tomar, me obligan á gratitud, de la que es prenda esta carta. Lucharé con el ardor de madre; estudiaré sin descanso, aprenderé á educar á mi hijo, que es fiel retrato de aquel cumplido caballero, mi digno

esposo, á quien no puedo tributar ni honra más alta, ni recuerdo más piadoso. que ese estudio y esta empresa. —Repíete á V. las gracias y se ofrece de V. afectísima y s. s. q. b. s. m., *Encarnación Vidaí.*

*
* *
*

¡Buena madre! Con su marido formaría seguramente una pareja digna del paraíso. Ahora con su hijo forma un grupo más interesante y poético que los de la fábula y la mitología. Ni Júpiter niño defendido por los sacerdotes de Creta; ni Aquiles inmergido en la Estigia para hacerlo invulnerable, dan al arte asunto tan noble y tan rico como el de esta madre que vela día y noche sobre la vida y el alma de su hijo con cuidados exquisitos, estudios perseverantes y ansiedades semidivinas. Yo la bendigo; debiera bendecirla la sociedad, y de hecho la bendecirá más adelante su hijo con una piedad y un entusiasmo que servirán de ejemplo á las gentes. Es su providencia, su bien, su buena suerte, Mas que el haberle dado la vida, más que el alimento y el abrigo, más que las caricias y el amor le agradecerá, cuando sea hombre, la inmejorable educación que de ella va á recibir. Esto es lo que principalmente obliga el corazón de los hijos al más grande respeto, á la veneración más profunda, al más acendrado amor. ¡Qué premio él de esta madre cuando su hijo sea un hombre de 25 años, y ella lo vea varonil, ilustrado, noble, enriquecido con un gran tesoro de virtudes, de sentimientos y de ciencia; y vea además que de una personalidad tan iustre y distinguida es ella el amor más puro y el ídolo venerado!—Alentemos á esta ma

dre con algunas exhortaciones, y ayudémosle con algunos consejos.

Sra. D.^a Encarnación^{* * *} Vidal (27 Abril 1892)
=Muy señora mia: Conocí á una madre que, asistiendo á su hijo víctima de enfermedad mortal, decia para consolarse: «Tengo la satisfacción de haberle dado *cuantos gustos me ha pedido*». ¡Infeliz! no comprendia que esos gustos fueron la causa de su muerte á la temprana edad de 20 años.

De ningun modo conceda V. á su hijo todos los gustos que le pida; pero tampoco se los niegue todos. El deber y el amor nos obligan á los padres á enterarnos primero de lo que tenemos que conceder y de lo que es necesario negar á nuestros hijos. De lo inmoral y de lo nocivo absolutamente nada. Evangelio, catecismo, higiene, virtudes sociales, órden, aplicación y urbanidad: esta es la ley, esta es la educación, y á su plenitud é integridad hemos de conducir á los hijos llevados por nosotros de la mano.

Encienda en el corazón de Julio el fuego de la fé, y ponga ante su alma excelsos ideales. Su padre y Dios, la vida y el cielo: que se eduque para vivir en el sentimiento, la ciencia y el trabajo de todo esto, y nada más, y nada menos. Hágalo cristiano, pero de tal manera que el Evangelio sea siempre para él la pasión y el encanto de su espíritu: parábolas sublimes. discursos de Jesús, la última cena, su pasión y muerte, resurrección triunfante, redención del género humano. Hay que hablarle mucho de todo esto. Enséñele V. á orar, óren en compañía, por su padre. y por

sus mayores, por la patria, por la humanidad. Vuelos al cielo serán estas oraciones; y el que ha volado alguna vez al cielo sabe ya para siempre el valor que ha de dar á las disputas de la tierra. Encontrará en edad venidera estas disputas como el navegante encuentra los escollos en el mar, y se apartará de ellas para no naufragar, mirando siempre á sus ideales y yendo siempre hácia sus esperanzas.

Lo primero que ha de hacer el educador es formar en su mente el modelo del ser humano, y luego realizar ese modelo en su educando cuanto le sea posible. ¿No lo puede todo? Paciencia, pero sin renunciar á lo que pueda, mucho ó poco, siempre algo. Para eso son los ideales y los modelos de perfección: para aspirar á ellos, sin realizarlos nunca totalmente, realizándolos siempre en la parte posible. ¿Qué es el hombre? (realismo). ¿Qué debe ser? (idealismo). ¿Qué puede ser? (educación). Tales son los grandes problemas del educador. En nuestra naturaleza están los gérmenes de todo: de la salud y de la enfermedad, del bien y del mal, de la nobleza y de la ruindad, de la sabiduría y de la estultez. Fomentar lo bueno é impedir el desarrollo de lo malo, ha de ser nuestro trabajo y nuestra victoria.

Para comprender lo grande que es la influencia de la educación, así en lo físico como en lo moral, pensemos en los siguientes hechos. A un niño de trece años lo echan por la rampa de una mina, para que suba por ella cien veces al día cargado con dos arrobas de mineral, y esta fatiga, y los gases respirados y la privación de luz debilitan su or-

ganismo, paralizan su crecimiento, y le dan muy temprana muerte. A otro niño de igual complexion y á la misma edad, hermano suyo, y por lo tanto de idénticos antecedentes de familia, se le lleva á vivir al campo, á la montaña, donde recibe sin cesar todos los tónicos fabricados por la naturaleza, luz del sol, aire balsámico, oxígeno electrizado. ¿Quién duda de que éste alcanzará una robustez típica salud, fuerzas, larga juventud, vida dilatada? Del mismo modo, figurémonos á Ravachol niño criado entre los monjes de San Bernardo, ó en la tripulación de un barco norteamericano, que da cien veces la vuelta al mundo. No se comprende que llegara á ser el fanático dinamitero que asesina ermitaños y mujeres para robarles el dinero, y comprar explosivos con que asesinar también á la sociedad. Hay una educación que hace al hombre como fué Ravachol, hay otra educación que de Ravachol hubiera hecho lo que debe ser el hombre.

Es cierto que heredamos de nuestros mayores inclinaciones, preferencias, temperamentos, disposiciones, varios focos internos, así físicos como morales, cuyos efectos se presentan desde un principio, ó esperan á aparecer en determinada edad. La ciencia reconoce esta herencia, y el arte de la educación la ha de buscar en cada niño. Como el buen médico se informa de los antecedentes de familia, así ha de hacer también el buen educador, para distinguir entre los defectos los espontáneos, los heredados y los adquiridos. Es necesario saber siempre de donde viene el mal, para apreciar su naturaleza y elegir su

terapéutica. — Dos niños eran igualmente irascibles; pero uno lo era, porque su familia torpemente lo venia excitando á la ira; el otro llevaba en su cerebro y en sus nervios el fulminante de la ira heredada de sus padres. Le era connatural, interna, propiedad de su ser. Para corregir al primero, bastó hacer que cesara la causa productora; esto es, inspirar á su familia dulzura y benevolencia en el trato. La cosa fué tan sencilla como quitar la tos producida por el humo, que todo se reduce á renovar el aire. El otro, por el contrario, fué objeto de largo estudio, de constantes observaciones, de un tratamiento de siete años, y después, de una higiene para casi toda la vida: supresión de alimentos y bebidas, de espectáculos y ejercicios que, segun experimentación, favorecian la irritabilidad nerviosa; tonicismo natural, sobre todo el del campo y el de la faena; presencia prolongada de los perjuicios causados por los actos de ira, si eran propios, y crítica de los cometidos por otros individuos; comparación de caracteres y sus efectos. Resistencia tranquila y firme como la de una roca ó de una montaña, puesta frente á los ímpetus de su ira; flexibilidad y buena disposición ante sus actitudes racionales y sosegadas; explicaciones de que la ira es debilidad, no valor, que no sirve mas que para malograr los éxitos. para captarse antipatías, para inspirar desconfianza, y tal vez para producir una enfermedad en el iracundo. Además de todo esto, hubo de apelarse á las anécdotas, cuentos, episodios, y fué necesario rodear al niño de personas sufridas y de buen temple que le sirvieran de ejemplo.

Dé V. á Julio algunas temporadas de campo. Que trate á la naturaleza frente á frente en sus bellos espectáculos y en su fecundidad prodigiosa. Que presencie y estime los rudos trabajos de los campesinos, y que entienda que estos son los que alimentan y visten al género humano. Que los ame y los compadezca, y así lo hará V. humano y humilde. Inspírele que en esas temporadas reúna á los niños de los cercanos cortijos, y se ocupe en enseñarles algo de lo que él ya sabe. Que él mismo plante un árbol, y lo cuide y espere su fruto; tambien una parra, y que la guie para tejer con sus vástagos y sus verdes hojas dosel de sombra y frescura á la puerta de la casa ó sobre la ventana de su cuarto.

Observe atentamente sus aptitudes ó inclinaciones, y tómelas como contestación que dá la naturaleza á la consulta que los padres deben hacerle respecto á la carrera ó aprendizaje que han de emprender los hijos. Sobre todo, si se descubre en él una vocación, hay que respetarla. Por menospreciar estos oráculos, se encuentran muchos hombres ejerciendo la profesión contraria á su natural instinto y carácter, lo cual es para ellos un tormento, y para la sociedad un perjuicio.

No se apresure á alistarle en la segunda enseñanza. No saben más los que más temprano empezaron el estudio científico, sino aquellos que por empezarlo más en sazón, de él hicieron mejor base y principio de toda su carrera.

Cuide V. mucho de la clase de amigos que ha de tener ahora que es niño, y más aun mañana cuando ya sea adulto. Que se aficione

á los de espíritu franco y noble corazón, y que conozca á los de ruines sentimientos, á los egoistas, á los hipócritas y envidiosos. Para estos es la conmiseración, pero no la amistad.

Señora, bien quisiera enviar á V. en esta carta todo un plan de educación concretamente para su hijo. No es posible esto, ya por mi escasísima competencia, ya por mi falta de conocimiento del individuo. Las indicaciones hechas demostrarán mi buen deseo, como también la admiración y respeto que, sin tener el honor de conocerla, le profesa su afectísimo atento y s. s. q. s. p. b.,

I. S.

Segunda carta.

Sra. D.^a Encarnación Vidal (13 Mayo 1892.)

Muy señora mía: Una feliz casualidad me ha proporcionado la satisfacción de conocer á su señor hermano D. Gonzalo, y conversar con él por espacio de dos horas.

Me atrevo á anunciar, sin temor de equivocarme, que su pequeño Julio será todo un hombre que realizará los fines de la vida con espíritu fuerte. Si cuando él llegue á los treinta años de edad, aun vivo, desearé encontrármelo para poderle decir: «¡Qué excelentes dotes y qué bienes tan grandes te ha dado tu madre por medio de la educación! Te ha consagrado enteramente su corazón y su talento. No ha pensado mas que en hacer tu felicidad. Es la mejor de las madres. Bien puedes adorarla.

Tiene V. de sus fincas una renta líquida anual de 24.000 reales, que distribuye en la forma siguiente: 12.000 para los gastos domésticos, 2.000 para imprevistos, 3.000 para

recreos, 3,000 para el fondo de ahorros, y 4.000 para obras de caridad. Aplaudo mucho este presupuesto. Fuera lujos, que podrán favorecer el trabajo como dice la ciencia económica, pero que ofenden al pobre, y pobre es casi toda la humanidad. Fuera también la mesa opípara, que acorta la vida y embota los sentimientos. «Cocina nacional», que siempre fué sencilla, sea uno de nuestros cánones. Si somos españoles y en España vivimos ¿cómo ha de ser saludable para nosotros comer á lo inglés, y como si viviéramos en Londres?

Me ha dicho su hermano que lleva V. un libro de gastos por capítulos, en que diariamente anota lo que gasta por cada concepto, y que para hacer los asientos casi siempre le sirve de escribiente Julio. Muy bien. Casa ordenada prueba es de que el jefe de ella todo lo tiene en orden: la inteligencia, la vida, el alma y el corazón. ¿Y qué han de ser los hijos bajo la sombra de tan buen ejemplo? La educación no es otra cosa que dar vida y salud al organismo, intensidad á las facultades, y orden á todo. Esa conducta reflexiva, ese libro y ese presupuesto, son como un exámen diario de conciencia, que queda escrito para que nos hable siempre, y siempre nos aplauda ó nos censure. La felicito, porque sólo con esto logra ya la mejor parte de la educación de su hijo. Veo con la luz de la fe á su esposo en el cielo; la mira, la contempla en sus maternales oficios tan bien desempeñados, y su espíritu inmortal goza de dos grandes felicidades, la que Dios le dá allí, y la que V. le dá en la tierra. Señalando á V. y al hijo, dirá á las almas que estén á su lado: Mirad á Encar

nación y á Julio. ¡Qué buenos, qué hermosos y qué felices!

Me dice D. Gonzalo que muy pocas veces es la mano del niño quien socorre al indigente, sino que esto lo hace V. misma, pero procurando que él sea testigo. ¡Qué instinto tan acertado y discreto le ha dado el cielo para educar! ¿Qué efecto puede causar en el corazón del niño, que se elija su mano para que dé maquinalmente el socorro? Mucho más efecto ha de producir el ejemplo frecuente y solemne de su madre; porque no hay que olvidar que un ejemplo mueve é inclina el espíritu mas que cien razones. Y si esto es en los hombres, capaces de apreciar las razones, ¿qué no será en los niños, capaces de apreciar sólo el ejemplo? Y cuando la limosna se pone en la mano del niño, para que sea él quien haga el acto material de darla al pobre, no se le educa en actos de beneficencia; porque él no dá nada, no es suyo aquello que entrega; no hay pues generosidad, no hay sacrificio. Acaso cree que se da la limosna y lo mandan con ella, sin mas fin que las bendiciones y alabanzas que le tributa el socorrido. Nada; es mucho mejor lo que V. hace; y como ejecuta esas obras con espíritu de verdadera caridad, el éxito en la educación ha de ser completo. Con dar V. la limosna en obsequio de Cristo ennoblece más y más la buena acción, y por lo tanto el buen ejemplo, libra V. de humillación al socorrido, y dá á su hijo la enseñanza de una caridad á quien no quebrantará la ingratitud.

Julio ha pedido una bicicleta. Visto el catálogo, elige una de 70 duros, y V. le ha di-

cho: «Es menester que veamos de donde ha de salir esta cantidad: Me intereso en ello, porque, siendo buena la cosa, tengo mucho gusto en concedértela. Vamos á ver: al capítulo de beneficencia no podemos tocar; esos 4,000 reales no son nuestros, que son de los pobres. Al de ahorros tampoco, porque ese fondo es para darte carrera. Del de imprevistos tomaremos algo; pero la mayor parte es preciso obtenerla de privaciones que tú y yo nos impondremos desde ahora mismo. Ahorrémos pués de lo consignado para recreos y un poquito de los gastos ordinarios de casa; tú mismo guardarás estas economías hasta que ya no falten mas que 20 ó 25 duros, que tomaremos de imprevistos.»—Bueno, muy bueno es este plan, porque es verdad que la bicicleta es un instrumento higiénico, y le conviene al niño; pero tambien es verdad que él no la solicita por esta razón, sino por darse el gusto de montar en ella, y correr con tanta velocidad como un tren. Pues para tener ese gusto, que se prive de otros, y V. le acompañe en todo: en el deseo, en las privaciones, en la satisfacción. Así, siempre unidos el hijo y la madre, para luchar, para vencer, y por lo tanto para amarse cada vez más.

Concluyo por donde empecé. Anuncio á V. que su hijo será un hombre modelo, que honrará la memoria de su padre, y hará la dicha y el embeleso de su madre. Muchas mujeres le llamarán afortunada; su esposo la bendecirá desde el cielo, y Dios le dará la palma de los justos.

Le ofrece á V. sus servicios, sus respetos y la más completa admiración, el que tiene el

honor de ser su afectísimo atento y s. s. q.
b. s. p.,

I. S.

Luz y Caridad.

La madre se llamaba Luz, la hija se llamaba Caridad. ¡Hermosos nombres! Han venido del cielo; el primero lo dijo Dios al crear el mundo; el segundo lo dijo Cristo al redimir á la humanidad. Ellas son como sus nombres. Vedlas en la sublime y sencilla escena que voy á describir. Me la mostró un espejo en el espacio fantástico, ideal, misterioso que su límpido cristal creaba detrás del marco. Porque yo estaba sentado en un confidente con Angel Bora, el esposo y padre, mi discípulo que fué en primeras letras; y enfrente de nosotros pendía el espejo revelador de lo que sucedía á nuestra espalda, tabique por medio con puerta abierta, por donde pasaban las revelaciones en haces de luz.

La hija tenia cuatro años. La madre le ayudó á lavarse; después acabó de vestirla; por fin le arregló ligeramente la cabeza. Esto es ya encantador; lo vemos todos los dias, en todas las casas, y siempre nos cautiva y embelesa. Pero vamos á ver lo que ya no es comun, lo que siendo sublime en sí, se ha hecho más sublime por lo extraordinario. Se persignó Caridad. Enseguida Luz besó una crucecita de plata, se la dió á besar á la niña, y se la puso á ésta pendiente del cuello. «Ahora la oración», dijo la madre; y la niña se arrodilló, y elevó los ojos á un cuadro de la Virgen que tenia en su regazo al niño Jesús, y así

estuvo un momento. Basta el dibujo, la actitud inmóvil y fija para que el alma se conmueva; porque Caridad es hermosa y delicada, sus ojos como dos lucecitas del cielo, su frente bajo un pabellon de cabellos rubios que parecen hebras de oro; la rosa y el jazmín han puesto sus colores en la alegre faz, y de los ángeles cándidos ha recibido la expresión de una inocencia perdurable. Pero el dibujo se mueve y habla. Caridad lleva la mano al pecho; con ella oprime la cruz de plata, y con acento de fervor dice así: «Virgen Maria, que esta cruz sea mi escudo por toda la vida, y tú mi consuelo, mi bien, mi esperanza. Libra á mi padre de todo mal, y que mi mamá no vuelva á estar enferma. Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, etc.» Cuando la niña llegó á «ruega por nosotros los pecadores», me alcé del asiento sin conciencia de lo que hacía; me alzó la emoción, el movimiento nervioso.

—¿Qué es eso?—me preguntó Angel algo sobresaltado.

Nada, le contesté. Y sentándome añadí: Iba á cometer la imprudencia de pasar bruscamente á la alcoba para besar á la niña. Estoy conmovido. La veo en ese espejo; desde que se puso de rodillas, toda mi atención ha estado fija en ella; no he oído nada de lo que me has hablado; perdona. «Ruega por nosotros los pecadores», dicen los ángeles inmaculados como tu hija, y mientras tanto los verdaderos pecadores ¿qué decimos?

Aparecieron Luz y Caridad. Esta besó repetidas veces á su padre, y luego me besó también á mí. Claro está que le devolvimos los besos.

—Señora, dije á Luz; todo lo hemos oído, porque estaban VV. muy cerca; y además todo lo hemos visto, porque estaba ahí ese espejo dándonos presencia de todo. Encantador, sublime, interesante y ejemplar, es lo que hemos visto y oído.

—¿Sí? contestó ella; pues ahora hablaremos.

Se llevó á la niña, y enseguida volvió sola, sonriente, mirando á su marido entre cariñosa y resuelta. Anunciaba su semblante que iba á hablar en confianza.

—¿Le ha parecido á V. encantador lo que ha visto y oído? me dijo. Pues no será de esa opinión el resto del auditorio.

—¿Hay discordias? pregunté; y Luz respondió:

—No tanto, porque hay cariño, y por lo mismo hay paz. Pero éste, como es ingeniero, no tiene en el pensamiento mas que pedruscos, minerales, fósiles, capas... ¿cómo se llaman? ¿geológicas? eso es, que son de tierra y de rocas, unas así encima de otras; y dice que esas son las hojas del gran libro, los capítulos de la Biblia verdad, y que la otra Biblia es una fábula ó una comedia, en que salen á representar Dios y Satanás, los ángeles y la burra de Balán. A veces...

Interrumpí á Luz, y encarándome con Angel, le hablé como si aún tuviera sobre él la autoridad docente de otro tiempo. «¿Qué es esto, Angel? le pregunté. ¿Llamas comedia al *fiat lux* del Eterno, que convierte el tenebroso caos en firmamento cuajado de estrellas, y en mundos que navegan por el mar de la inmensidad? ¿Comedia llamas á todos los

dolores y todas las lágrimas de la humanidad, cuyo triste origen te enseña la Biblia, y cuyo glorioso término te anuncia, te promete y te cumple? ¿Comedia el Decálogo, que veneran los pueblos, los cuales son felices si lo observan, desgraciados y miserables si no lo cumplen? ¿Comedia el Sermón de la montaña y las divinas parábolas, que han iluminado tantos arcanos del tiempo y de la eternidad? ¿Comedia también el Divino Jesús, su amor, su sabiduría, su pasión y muerte, que hace 19 siglos arranca lágrimas al mundo civilizado, al mundo que tiene conocimiento de su persona, de su doctrina, y de su sacrificio? ¡La burra de Balán! ¡ese accidente! No, Angel; contempla estos lugares: Egipto, el Sinaí, el Gólgota. Y estos personajes: Johová, la Humanidad, Jesucristo.

A Luz le brillaban los ojos. Hubiera aplaudido; pero con más prudencia excusó un tanto á su marido.

—Yo creo, advirtió, que me dice esas cosas por divertirse conmigo. Le gusta mucho embromarme. Pero algunas veces se pone muy sério para decirme: «Si fuera niño, no te dejaría que le emborronaras la imaginación con esos garabatos » Y cuando le hablo á Caridad de la Virgen y el Niño, de los ángeles del cielo, de las almas que están con Dios, y cosa así, me dice: «¿Pero entiende la niña nada de eso? Realidades, verdades sensibles, lo que se palpa y se ve: eso le has de enseñar.» Mire V., dos veces al año confieso y comulgo, en el cumplimiento de Iglesia, y en el cumpleaños de nuestra boda, que fué en 5 de Octubre. Nada de esto le digo al confesor,

pero á V. que ha sido su maestro y es tan cristiano, tenía gana de decírselo.

Angel se sonreía sin gana. Estaba abatido y contrariado; pero quería mucho á su mujer; y ya fuera por este cariño, ya porque la incredulidad docta nunca pierde del todo el respeto á la mujer cristiana, ello es que Angel Bora toleró bien aquella denuncia de sus ideas antireligiosas; y sucedió que no las mantuvo en firme, sino que hizo alguna concesión, como lo prueban las siguientes palabras:

—Lo menos crees tú, dijo, que yo soy ateo. No, mujer, creo en Dios, en su providencia, en la necesidad de otra vida, y en algo más, en bastante más. Si no lo creo todo, es porque á mí la fe no me entra por el sentimiento, sino por la razón.

—¡Ah!, contestó Luz con viveza; y las capas esas de tierra son para tí más razón que tu padre que murió hace siete años, y que tu pequeño Angel que murió hace dos, cuando tenía la misma edad que ahora tiene nuestro ídolo Caridad? Dime pues ¿qué noticia te dan de ellos los pedruscos, y los fósiles, y las capas geológicas? ¡Que se han evaporado, que se han hecho polvo, que de ellos no queda, y eso por un poco tiempo, más que los huesos que son de cal, segun dices tú. ¿Y ahí vá á parar toda tu ciencia, y esa es tu sabiduría? Eso es, lo dicho, polvo y cal. Pues vé la diferencia: mi Biblia me dice, pero muy claro, que tu padre y nuestro hijo están en el cielo, donde no necesitan de la carne y de los huesos, y por eso se los han dejado aquí en la tierra; me dice que allí nos esperan; y que si tú no quieres venir que te lleve yo. Pero una noche le decía á

la Virgen: Madre mia, no puedo con él; sabe más que yo. Se lo decía llorando. Bien sabes que lloro por tí. El remedio vino pronto; es nuestra hija; tu ángel bueno. Yo no he podido contigo; pero ella sí vá á poder. Le puse por nombre Caridad; le colgué la cruz al cuello; la Virgen la oye todos los días. ¡Vaya un asedio que te he puesto! Tú tienes mucho talento; pero la victoria es nuestra. Anda, bribón; que no nos quieres.—Y le dió un cariñoso empujón en el hombro.

Angel estaba rendido. Su entereza y su ilusión no le permitieron ni siquiera sospecharlo; pero es lo cierto que sus ideas empezaron á rodar *capas geológicas abajo* para perderse en las tenebrosas profundidades del planeta; mientras que otras ideas, las de su mujer, supuestas ya en la precoz niña, ideas que él habia mirado hasta entonces como guiñapos y figurillas, se le presentaron como luces divinas y nube de espíritus que venian de una región inmensa, etérea, luminosa, donde él vió á su padre y á su hijo poseedores de vida eterna y de felicidad inefable; y vió allí tambien la humanidad real y triunfante, la excelsa y definitiva, ante la cual esta otra humanidad que existe y milita en la tierra le pareció un pequeño enjambre, una tribu nómada. Y por esta visión comprendió que el dolor en esta vida no es dolor, ni el trabajo es yugo, ni el hambre miseria, ni la muerte aflicción; sino que todo ello no es más que un suspiro, á impulsos del cual subimos al cielo para vivir eternamente felices.

Todo este mundo nuevo, inmenso, radiante, vió desplegarse y pasar por delante de su

pensamiento, en los quince segundos que tuvo la mirada fija en el suelo sin proferir una palabra.

— Papá, dijo la niña entrando alegremente: el chocolate. ¿Te lo traigo yo?

— Ven aquí, hija mía. Y sentándola sobre sus rodillas, le preguntó: ¿Dónde crees tú que está el abuelito?

La niña sonrió, miró hacia arriba, apuntó con el dedo, y dijo con aplomo: «En el cielo». Lo dijo con la misma seguridad que si ella acabara de venir de allí.

— ¿Y Angelito? preguntó el padre.

— También en el cielo, contestó la niña. ¿Es que no lo sabes tú?

— Tú me lo enseñas, ángel mio. 'Loma mil besos. Y después de besar á su hija, mirando al pedazo de cielo que por el balcón se veía, no dijo, clamó: ¡Dios mio, luz, luz!

Y yo señalando primero á la esposa y después á la niña, le dije: tienes Luz y Caridad. Dios te las envía.

Intervié (?)

Al dia siguiente me decia Luz satisfaciendo mis preguntas: «Me llevé fuera á la niña por no darle el espectáculo de aquel debate y de aquella acusación, en que ella hubiera visto al menos desacuerdo, tal vez discordia entre su padre y yo. Es posible que esto hubiera escandalizado á su alma cándida — No hablo de estas cosas en el confesonario, porque allí no debo acusar á nadie sino á mí misma, menos á mi marido, á quien respeto, como él se

merece y Dios me manda. Además de que esas acusaciones sólo podrían servir para alejarlo más de la fé. Precisamente de nuestras prácticas religiosas lo que más repugna á los hombres *despreocupados* es la confesión. Conque no falta más sino que demos pretexto las mujeres, para que los maridos piensen que vamos al confesonario á *poner mal* de ellos.»

«Deseo que mi hija sea hermosa. En la mujer la hermosura es un don que el cielo le ha concedido para fines muy nobles. Pero la hermosura principal es la del alma, y el alma en nosotras es religión, virtud y amor. Educo á Caridad en la religión cristiana, porque además de ser la única divina, para nosotras las mujeres es título de dignidad y espíritu de regeneración; como que esta religión ha colocado en el excelso trono de los cielos á la mujer por excelencia, la cual de tal manera personifica el bien, que ella es la antítesis de Lucifer, personificación del mal. Invocarla es proponerse sus encantadoras virtudes como ideal y modelo de nuestra vida. Que mi hija la invoque todos los días, que la ame con fidelidad y fruto, que lea á su tiempo sus panegíricos mejores, y que le entusiasmen las fiestas y alabanzas que se le dedican.

Caridad ha de saber la teoría y la práctica de los quehaceres domésticos. Ha de ser apta y entendida para hacer y mandar, para gastar y ahorrar. Yo le enseñaré cuánto valen el orden y el tiempo. Se reirá V. al saber que ya he empezado á escribirle sus recetarios. Nada pongo en ellos que no esté experimentado por mí. En cuanto á los platos, prefiero los sencillos, económicos é higiénicos.

Será instruida. Ha de leer con corrección y gusto; ha de escribir con buena ortografía, y ha de redactar sus cartas con claridad y sencillez. Estudiará Higiene y Economía doméstica. Lo que de todo esto pase lo consideraré como adorno, no como necesidad. Leerá libros de recreo. En su edad núbil: Fabiola, Pablo y Virginia, Marianela y otros idilios de esta pureza; también leerá á Trueba. Más adelante le daré «Fé, Esperanza y Caridad,» y las novelas que yo escoja entre las de Armando Palacio, Pereda, Alarcón, Valera y Galdós. A todo esto el devocionario será su libro de todos los días. ¿Qué le parecen á V. mis proyectos?»

—¿Qué he de decir á V., le contesté, sino que la estoy oyendo con el mayor embeleso, y que es V. la mejor madre de cuantas conozco? El plan es completo, porque si algo ha dejado de decirme, debo suponerlo, dados sus ideales, su talento y su claro instinto. Así, por ejemplo, tengo por seguro que la niña hará una vida perfectamente higiénica.

—Cuido de sus alimentos de su ejercicio y de su descanso, de sus paseos y de sus emociones. Aquí nadie se ha permitido hacerle miedo, ni referirle cuentos de fantasmas, de muertos, brujas y otras supersticiones; nadie se ha propasado á engañarla, á mentirle, mucho menos á enseñarle á mentir y á engañar. Las criadas saben que aquí todo ha de concurrir á la educación de la niña, pero al vigilar y exigir el cumplimiento de esta ley, me guardo mucho de ser pesada, importuna ó extravagante. Esta es la manera de que coadyuvan sinceramente. En lo posible educo tam-

bien á las criadas, por interés de ellas mismas y por el bien de mi hija; porque el medio vital en que esta vive, crece y se forma, es el de la casa, que lo componemos entre todos los que dentro de la casa vivimos.

Como pudiera, habia de evitar que oyera de nadie los elogios de *boníta, graciosa, lista*; y mire V. que lo es; pero es preciso que ella no lo sepa, que no se envanezca. ¡Qué nécia, qué fátua es la hermosura envanecida! ¿Qué tal? ¿Vá bien mi programa?

—Inmejorable, señora. Una observación: más adelante cuidará V. de qué amigas ha de tener Caridad?

—Estoy prevenida. Sé que este asunto forma capítulo importante.

—Pues no puede ser más íntegro y discreto su programa. Lo dicho basta para una niña. Si fuera niño, se necesitaría mucho más.

—Lo único que me falta es traer á Angel á mi acuerdo, sobre todo en punto á religión, que es la base de la educación de la mujer. VV. los hombres no comprenden lo que seríamos las mujeres sin ese cielo, sin esas esperanzas y sin esas dulzuras que la religión nos ofrece. En VV. predomina la razón, la ciencia, el ardor de las empresas, todo lo cual puede suplir á las creencias, aunque sea con desventajas y concretamente para esta vida. En nosotras, por el contrario, predomina la sensibilidad, lo que quiere decir rasgos heróicos, imaginación febril, intuiciones rápidas, sueños de felicidad. Por estas cualidades, y por nuestra debilidad femenina, nos apasionamos ciegamente de lo extraordinario, lo grande, lo sublime, pero sin términos medios;

es decir, que nos apasionamos de Dios ó de Luzbel, ó somos del cielo ó del infierno. No hace muchos días que en visita oí decir á una dama ¡Qué hermoso es el Lucifer de Lord Byron! Y su marido contestó: hermosísimo. Juzgue V. de él y de ella. Yo tolero y acepto esas palabras, si nacen del éxtasis por el arte sin rozar siquiera en la conciencia. Esto es fácil en el hombre, pero en la mujer... no sé, lo difícil.

Me ocurre con frecuencia este pensamiento tétrico: Si yo me muriera ¿qué sería de mi hija? Ya no tendría quien le pusiera la cruz en el pecho, quien la arrodillara ante el hermoso cuadro de la Virgen, quien le enseñara las oraciones que yo le enseñé. Olvidaría las que sabe, no volverían sus labios á pronunciar los dulces nombres de Jesús y María; ya no pensaría más en el cielo, en Dios, en la salvación de su alma; y en su lugar la harían abogada ó médica; porque Angel participa también de esta extravagancia moderna. ¡Cómo ha puesto el mundo á los hombres, y como por los hombres están las familias, el hogar, la religión y las almas! Si los autores y propagandistas de esa utopía han tenido madre, se acordarán de sus besos, de su arrullo, de sus ternezas, de sus inspiraciones y desvelos, y comprenderán que estos oficios providenciales son mucho más interesantes y provechosos al mundo, que los que pudieran ejercer siendo médicas ó abogadas. Lo que hay que hacer con la mujer es darle desde niña educación y enseñanzas para que sea buena esposa y buena madre. ¿Qué más quieren, si esto es lo que vale más?

—¡Oh! Luz, qué bien lleva V. su nombre!

—Me urge hacer cristiano á mi marido, por mi hija. por mi hermosa hija. ¿Lo quiere V. saber todo? Pues mire V., mi madre murió á los 29 años de edad; yo tengo 25, y he heredado su temperamento y su predisposición. Siento aquí en el pecho los mismos síntomas que ella sentía á mi edad, segun lo que me han contado.

—No siga V., señora. ¡Cómo morirse V. tan pronto! Irá V. á Panticosa, á Suiza á Malta, pero á morirse no.

—Bien; pero inspíreme V. una idea feliz para convertir á mi marido

Pues no tengo que inspirarle nada, porque me parece que todo está conseguido desde ayer. Sepa V. que por la tarde Angel entró en la Catedral. y oró. ¿Ha orado? Basta, ya es de Dios. Mejor que yo sabe V. que la oración nos trae un rayito de luz divina para que el alma vea lo pequeñas que son las cosas de esta vida y lo grandiosas y sublimes que deben de ser las de la otra. En el momento de orar nos encontramos libres de las miserias de la tierra, y recobramos por la proximidad á Dios los bienes del espíritu. El que de ese momento ha gozado una vez, lo busca otra, y lo repite ciento. Esta repetición vá haciendo fe, esperanza y caridad, y hé aquí ya el alma cristiana. V. ahora no le diga nada: sus prácticas como la de ayer mañana, su cariño y respeto como siempre; la niña con su crucecita y sus plegarias, y mucho ponerse delante de su padre, y darle besos y hacerle monadas. Eso es lo único que en la presente crisis ha de hacer V. Lo de-

más, crea firmemente que ya lo está haciendo Dios. Yo coadyuvaré, porque es mi deber, y porque me dejó llevar por la providencia como instrumento suyo humilde y fiel. Contemos pues con que Angel ya es cristiano.

— ¡Qué consuelo!

Me despedí, y ya en la escalera volví pasos atrás para decir á Luz: «Indudablemente sabe V. que el corsé es un enemigo mortal de las niñas. Se nos había olvidado esto, que es tema muy principal.

— Diga V. mas bien enemigo de la especie humana. ¡Pobres criaturas las que nacen de mujeres que de solteras abusaron del corsé, y más aún si continúan abusando después de casadas.

— Con el corsé apretado se les hace respiración de enfermo, corta, anhelosa y trabajada sólo por la parte superior del pecho. Creen que la cintura de avispa es más bonita, y yo creo que es de muy mal gusto. Que tomen por modelo las estátuas griegas; y el decir griegas es lo mismo que decir bellas por excelencia. En esas estátuas verán como son las cinturas graciosas. También repruebo los cosméticos todos, y los perfumes casi todos.

— Para cosmético el agua cristalina, y para perfumes las flores. No hay día que no las ponga frescas en mi tocador y en mi gabinete. Esta costumbre es muy de mi gusto, y la transmitiré á Caridad. Aparte de las flores, no uso más perfumes que jabón bueno, y alguna vez unas gotas de agua de Colonia ó de la Florida.

— Todo á maravilla. Es V. mujer de acuer-

dos muy discretos. Los he de hacer públicos para que sirvan de ejemplo.—Esto último lo dije mentalmente, para evitar que me lo prohibiera Luz Selena de Bora, que vive en la calle del Talento, número 1, piso principal.

FIN.

OBRAS PUBLICADAS

QUE SE VENDEN EN LA IMPRENTA DE «EL DIARIO»
Sociedad, 10

INFORTUNIO

novela de costumbres por D. Andrés Blanco Garcia,
4 reales.

DISCURSOS Y POESIAS

leídos en la inauguración del Círculo Católico de Obre-
ros de Murcia, 3 reales.

LA PRESONA PA SU ESE LA POLITICA EN LOS GARRES FÁBULAS

por D. Juan Antonio Soriano Hernandez, 3 reales.

COMPOSICIONES

premiadas en el certamen de la prensa de Murcia,
3 reales.

Historias y Leyendas de Murcia LA VIRGEN DEL CARMEN

por D. Pedro Diaz Cassou, 3 reales.

COSAS DEL OTRO JUEVES

por D. Rodolfo Carles, 3 reales.

**HISTORIA DE NTRA. SRA. DE
LA FUENSANTA** de Murcia, por el Doc-
toral D. Juan Antonio La Riva, 3 reales.

CANTARES POPULARES Mur-
cianos, coleccionados por D. José Martínez Tornel,
con un vocabulario de palabras huertanas, por el mis-
mo, y una carta sobre el lenguaje de la Huerta, por
D. Fernando Araujo, 3 reales.

**ARTÍCULOS DE EDUCACION
PRACTICA.** por D. Pascual Martínez Falao,
que es el presente tomo, obsequio para el mes de No-
viembre, 4 reales.

EN PRENSA

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA

por D. Andrés Blanco, con varios otros trabajos lite-
rarios.